

LIBRO 3

EL TIEMPO SE ACABA

Despierta, arregla tu vida
y prepárate para encontrarte
con Cristo



ROGER D. MUÑOZ

EDITORIAL CRISTO LIBERA

SERIE: EL REY YA VIENE
Libro 3

EL TIEMPO SE ACABA

Despierta, arregla tu vida y prepárate para
encontrarte con Cristo.

Roger D. Muñoz

Editorial Cristo Libera

Cristo Libera Global Theological Institute

Edición digital gratuita

EL TIEMPO SE ACABA

Despierta, arregla tu vida y prepárate para encontrarte con Cristo.

Serie EL REY YA VIENE · Libro 3

Roger D. Muñoz · Editorial Cristo Libera

Este libro se comparte gratuitamente en PDF. Se autoriza su distribución íntegra entre familiares, amigos, congregaciones y grupos de estudio, conservando el nombre del autor y los créditos de la obra.

La venta, la modificación o la reproducción parcial con fines comerciales requieren autorización del titular de los derechos.

Esta edición conserva el prólogo, la introducción, los quince capítulos y los textos complementarios del libro original.

Ministerio Cristo Libera Internacional

www.cristolibera.org

Instituto

www.cristoliberainstitute.org

Campus Virtual

cursos.cristoliberainstitute.org

Contenido

Prólogo	6
Introducción	8
CAPÍTULO 1. Despierta: no vivas como si tuvieras tiempo ilimitado	10
El llamado de Dios a salir de la indiferencia y responder hoy.	
CAPÍTULO 2. Prepárate desde el fundamento: necesitas nacer de nuevo	14
La salvación en Jesucristo y el comienzo de una vida transformada.	
CAPÍTULO 3. Arrepentimiento: vuelve a Dios con todo tu corazón	19
Reconocer el pecado, abandonar sus caminos y recibir la gracia del Señor.	
CAPÍTULO 4. Examina tu vida delante de Dios	24
Una revisión sincera de tus decisiones, prioridades y conducta.	
CAPÍTULO 5. Rompe con el pecado que has aprendido a justificar	29
La obediencia a Cristo frente a los hábitos que debilitan tu vida espiritual.	

Contenido • continuación

CAPÍTULO 6. Recupera la oración y permanece en la Palabra 34

Los fundamentos de una relación constante con Dios.

CAPÍTULO 7. Perdona, pide perdón y busca la reconciliación 39

La respuesta cristiana ante las heridas, las ofensas y el daño causado.

CAPÍTULO 8. Ordena tu casa y cuida a los tuyos 44

La fidelidad a Cristo en la familia y las responsabilidades cotidianas.

CAPÍTULO 9. Administra el tiempo, los recursos y los dones 49

Una mayordomía responsable de lo que Dios ha puesto en tus manos.

CAPÍTULO 10. Vive en santidad en una generación de presión 54

La identidad cristiana y las decisiones que expresan nuestra pertenencia al Señor.

CAPÍTULO 11. Permanece firme cuando llegan las pruebas 59

La perseverancia sostenida por la gracia y la fidelidad de Dios.

Contenido • continuación

CAPÍTULO 12. Anuncia a Cristo mientras tienes oportunidad 64

El llamado a compartir la salvación mediante palabras y servicio.

CAPÍTULO 13. Vive preparado para rendir cuentas 69

La responsabilidad de nuestra vida delante de Jesucristo

CAPÍTULO 14. Espera al Señor con vigilancia y esperanza 74

Una vida activa de fe ante la promesa de su regreso.

CAPÍTULO 15. Decide hoy: camina preparado para encontrarte con Cristo 79

Una respuesta personal de arrepentimiento, obediencia y perseverancia.

Conclusión 85

Bibliografía y pasajes de estudio 86

Recomendaciones de lectura 87

Continúa con los cuatro libros de la serie 88

Contacto y biografía del autor 96

PRÓLOGO

Hay decisiones que una persona posterga durante años. Sabe que necesita buscar a Dios, abandonar un pecado, pedir perdón o atender una responsabilidad. Sin embargo, cada día encuentra una razón para dejarlo pendiente.

La repetición convierte la demora en una costumbre. Lo que al principio inquietaba la conciencia termina pareciendo parte normal de la vida.

Este libro es un llamado a responder a Dios mientras tenemos oportunidad.

Su título no establece una fecha para el regreso de Jesucristo ni calcula cuánto tiempo le queda a una persona. Expresa una realidad que la Escritura nos invita a reconocer: nuestra vida es limitada, nuestras decisiones tienen consecuencias y el Señor merece una respuesta presente.

Santiago 4:14 compara nuestra vida con un vapor que aparece por un poco de tiempo y después desaparece. La enseñanza nos llama a vivir con humildad delante de Dios y a reconocer que nuestros planes dependen de él.

Jesús también enseñó a estar preparados para su venida. Esa preparación incluye una vida de fidelidad: atender la tarea recibida, cuidar a otros y perseverar en la obediencia.

Esperar a Cristo debe producir una manera distinta de vivir hoy.

Este libro continúa el recorrido de la serie. El primero estudió las señales y la promesa del regreso del Señor. El segundo examinó

cambios tecnológicos y preguntas relacionadas con el escenario profético. Ahora la atención se dirige a nuestra respuesta personal.

¿Qué lugar ocupa Jesucristo en nuestras decisiones? ¿Qué estamos justificando? ¿A quién necesitamos pedir perdón? ¿Qué responsabilidad hemos descuidado? ¿Cómo estamos utilizando el tiempo que recibimos?

Estas preguntas deben abordarse desde el Evangelio. La salvación es un regalo de la gracia de Dios recibido por medio de la fe. La obediencia crece como fruto de una vida reconciliada con él (Efesios 2:8-10).

Quien se acerca a Cristo encuentra un Salvador suficiente. Quien reconoce su pecado puede arrepentirse. Quien ha caído necesita volver al Señor y recibir ayuda para caminar con fidelidad.

La gracia de Dios abre un camino de perdón y transformación.

Deseo que estas páginas te ayuden a escuchar ese llamado, examinar tu vida y tomar decisiones concretas. Que puedas avanzar con sinceridad, recibir corrección y fortalecer tu relación con Jesucristo.

Mientras tenemos vida, podemos buscar al Señor, amar, servir y anunciar su salvación.

Responde hoy. Pon tu confianza en Cristo y permite que su verdad ordene tu vida.

INTRODUCCIÓN

Prepararse para encontrarse con Jesucristo comienza por comprender el Evangelio. Una persona puede estudiar profecía, participar en actividades religiosas y conocer muchas expresiones cristianas sin haber respondido personalmente al Salvador.

Por eso, este libro comienza con dos asuntos fundamentales: despertar de la indiferencia y reconocer la necesidad de nacer de nuevo.

Después examinaremos el arrepentimiento, las decisiones cotidianas, la oración, la Palabra, las relaciones y las responsabilidades. También consideraremos la perseverancia, la evangelización y la esperanza del regreso del Señor.

La preparación espiritual alcanza el corazón y se expresa en la vida.

La expresión “arregla tu vida” se utiliza aquí como una invitación a poner nuestras decisiones bajo la autoridad de Cristo. Incluye reconocer lo que necesita corrección y actuar con responsabilidad en las áreas donde podemos hacerlo.

Algunas decisiones pueden comenzar inmediatamente. Podemos dejar de difundir una mentira, reconocer una falta o buscar orientación. Otras requieren un proceso: restaurar una relación, abandonar un hábito arraigado o reparar un daño.

La sinceridad se demuestra al dar pasos reales y perseverar en ellos.

También necesitamos distinguir entre lo que depende de nosotros y lo que requiere la respuesta de otra persona. Podemos pedir perdón con honestidad; no podemos exigir una reconciliación inmediata.

Podemos cambiar nuestra conducta; la recuperación de la confianza puede necesitar tiempo.

La obediencia incluye paciencia, respeto y responsabilidad por las consecuencias de nuestros actos.

Este recorrido debe hacerse en dependencia de Dios. La vida cristiana necesita oración, enseñanza bíblica y comunidad. Hay situaciones en las que buscar ayuda responsable forma parte de una decisión sabia.

Al leer, conviene abrir la Biblia y examinar los pasajes citados. Cada capítulo presenta una invitación a comprender y responder. Evita convertir la lectura en una acumulación de información que nunca llega a tus decisiones.

Puedes detenerte y preguntar: ¿qué verdad necesito recibir?, ¿qué conducta debo corregir?, ¿qué paso puedo dar hoy?

El propósito es avanzar con una esperanza fundada en Jesucristo. Él murió por nuestros pecados, resucitó y llama a las personas a seguirle. Su gracia sostiene al creyente mientras aprende a obedecer.

Prepárate confiando en el Salvador y caminando cada día bajo su señorío.

CAPÍTULO 1. Despierta: no vivas como si tuvieras tiempo ilimitado

El llamado de Dios a salir de la indiferencia y responder hoy.

Imaginemos a un hombre que escucha sonar su despertador. Tiene una responsabilidad importante, pero decide permanecer unos minutos más en la cama. Después vuelve a posponer la alarma. Cuando finalmente se levanta, descubre que dejó pasar la hora en que debía actuar.

Esta escena cotidiana ilustra una decisión espiritual frecuente: reconocer un llamado y seguir aplazando la respuesta.

Una persona puede saber que necesita buscar a Dios y repetirse: “Cuando tenga más tranquilidad”. Puede reconocer una conducta dañina y pensar: “Después la voy a dejar”. Puede comprender que debe pedir perdón y esperar un momento que nunca termina de llegar.

La demora repetida puede convertirse en resistencia a la verdad.

Romanos 13:11 llama a despertar del sueño. El contexto continúa con una exhortación a abandonar las obras de las tinieblas, vivir honestamente y revestirse del Señor Jesucristo (Romanos 13:12-14).

El despertar tiene una dirección concreta. Implica revisar la conducta y responder a la autoridad del Señor. Una emoción

intensa puede acompañar ese momento, pero el cambio necesita expresarse en decisiones.

Hay personas muy ocupadas que viven espiritualmente adormecidas. Cumplen horarios, resuelven problemas y mantienen compromisos, pero rara vez examinan su relación con Dios. La actividad puede llenar el día sin darle una orientación fiel.

También puede ocurrir dentro del ministerio. Alguien enseña, organiza y participa mientras descuida su oración, justifica un pecado o trata con dureza a su familia.

La actividad religiosa requiere una vida interior que la sostenga con integridad.

Despertar comienza por escuchar. Hebreos 3:15 llama a no endurecer el corazón cuando oímos la voz de Dios. El pasaje nos invita a recibir su palabra con una disposición obediente.

El endurecimiento puede desarrollarse cuando una persona conoce una verdad y aprende a evitar su aplicación. Encuentra explicaciones, compara su conducta con la de otros o espera una circunstancia diferente.

Con el tiempo, puede dejar de sentir la misma inquietud. Esa disminución no demuestra que el problema haya desaparecido. Puede indicar que se acostumbró a convivir con él.

Por eso, debemos atender la corrección mientras la reconocemos.

Cuando la Palabra muestra una responsabilidad, corresponde buscar una respuesta fiel.

La vida es limitada. Santiago 4:13-17 examina la confianza excesiva en nuestros planes y recuerda que no sabemos qué será de mañana. Sus palabras enseñan humildad y terminan señalando la responsabilidad de hacer el bien que conocemos.

Podemos planificar, trabajar y prepararnos para el futuro. Al hacerlo, debemos reconocer nuestra dependencia de Dios y evitar que los planes se conviertan en una excusa para posponer la obediencia.

La promesa del regreso de Cristo añade una dimensión de esperanza y responsabilidad. Jesús enseñó a velar y presentó al siervo fiel que atiende a quienes le fueron confiados (Mateo 24:42-46).

La vigilancia se expresa en el servicio que el Señor encuentra en marcha. Una persona preparada sigue cumpliendo su responsabilidad con fidelidad.

¿Cómo comienza ese despertar en la vida cotidiana?

Puede comenzar con una pausa sincera delante de Dios. Abrimos la Escritura y permitimos que examine nuestras prioridades. Reconocemos lo que hemos estado evitando. Después buscamos el primer paso que corresponde dar.

Si hemos mentido, debemos considerar cómo decir la verdad y corregir el daño. Si descuidamos a nuestra familia, necesitamos revisar el uso del tiempo. Si mantenemos una conducta que sabemos perjudicial, debemos dejar de protegerla y buscar ayuda para abandonarla.

La respuesta necesita convertirse en una acción identificable.

Las intenciones generales pueden ser sinceras, pero necesitan dirección. “Voy a mejorar” debe traducirse en decisiones: qué voy a cambiar, qué responsabilidad voy a atender y qué ayuda necesito.

La oración acompaña ese proceso. Podemos pedir al Señor que nos muestre el pecado, fortalezca nuestra voluntad y nos enseñe a obedecer. El Salmo 139:23-24 expresa esa disposición de ser examinados y guiados por Dios.

También hace falta humildad para escuchar a otros. Una persona cercana puede señalar algo que nosotros hemos aprendido a minimizar. Debemos evaluar sus palabras con seriedad, especialmente cuando describe consecuencias de nuestra conducta.

Recibir una corrección puede abrir el camino hacia una restauración necesaria.

Despertar no significa resolver toda la vida en un solo día. Algunas áreas requieren aprendizaje y perseverancia. Lo decisivo es dejar de justificar la inacción y comenzar a caminar en la dirección correcta.

Filipenses 2:12-13 reúne la responsabilidad del creyente con la obra de Dios en él. Podemos actuar dependiendo del Señor, que produce el querer y el hacer conforme a su buena voluntad.

Esta dependencia nos protege de dos errores: confiar únicamente en nuestras fuerzas o utilizar nuestra debilidad como excusa para no responder. Podemos reconocer que necesitamos gracia y, al mismo tiempo, tomar decisiones obedientes.

La comunidad cristiana también ayuda. Un creyente necesita personas que oren con él, enseñen la Palabra y lo acompañen. Pedir ayuda con sinceridad puede interrumpir años de aislamiento y demora.

Si has vivido aplazando tu respuesta a Dios, comienza por reconocerlo. Acércate a Cristo. Examina su palabra. Identifica una decisión que ya sabes que necesita atención.

Quizá sea pedir perdón. Quizá sea abandonar una práctica. Quizá sea volver a una vida de oración o buscar una comunidad donde crecer. Da ese paso con responsabilidad y continúa.

El tiempo que tienes hoy es una oportunidad para responder al Señor.

CAPÍTULO 2. Prepárate desde el fundamento: necesitas nacer de nuevo

La salvación en Jesucristo y el comienzo de una vida transformada.

Nicodemo era un hombre religioso y un maestro de Israel. Conocía las Escrituras, ocupaba una posición reconocida y se acercó a Jesús con una afirmación respetuosa acerca de su procedencia divina.

La respuesta del Señor llevó la conversación al fundamento:

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3).

La preparación para el Reino comienza con la necesidad de nacer de nuevo.

Nicodemo preguntó cómo podía ocurrir ese nacimiento. Jesús explicó la necesidad de nacer del Espíritu y distinguió lo nacido de la carne de lo nacido del Espíritu (Juan 3:4-8).

La vida espiritual procede de la obra de Dios. La información religiosa, la herencia familiar y el reconocimiento de una comunidad no sustituyen esa necesidad.

Una persona puede haber crecido escuchando predicaciones y todavía necesitar una respuesta personal de fe. Puede desempeñar una función y mantener una vida sin arrepentimiento. Puede conocer las palabras correctas mientras evita entregar su confianza a Jesucristo.

Por eso, debemos examinar el fundamento de nuestra esperanza.

Nuestra confianza para la salvación debe descansar en Jesucristo y en su obra.

Romanos 3:23 afirma que todos pecaron. El pecado afecta nuestra relación con Dios y se expresa en pensamientos, decisiones y acciones. Necesitamos perdón y reconciliación.

El Evangelio anuncia la respuesta divina. Cristo murió por nuestros pecados y resucitó (1 Corintios 15:3-4). Juan 3:16 presenta el amor de Dios al dar a su Hijo y la promesa de vida eterna para quien cree en él.

La fe recibe esa verdad y se vuelve hacia el Salvador. Implica confiar en él y responder a su llamado. El arrepentimiento reconoce el pecado y abandona su defensa para volver a Dios.

La salvación es por gracia, mediante la fe. Efesios 2:8-10 enseña que no procede de las obras para que nadie se gloríe, y afirma que hemos sido creados en Cristo Jesús para buenas obras.

La gracia nos salva y da origen a una vida que aprende a obedecer.

La transformación no debe entenderse como una perfección inmediata. Primera de Juan 1:8-9 reconoce la realidad del pecado y llama a confesarlo. Primera de Juan 2:1 presenta a Jesucristo como abogado para quien ha pecado.

El creyente puede caer y necesitar restauración. Al mismo tiempo, la misma carta lo llama a guardar los mandamientos y andar como Cristo anduvo (1 Juan 2:3-6).

Estos pasajes deben mantenerse juntos. Ofrecen esperanza al que reconoce su falta y confrontan a quien utiliza una profesión de fe para justificar la desobediencia.

La vida nueva incluye una disposición a arrepentirse, recibir corrección y seguir a Cristo.

No debemos utilizar esta enseñanza para juzgar precipitadamente la condición espiritual de cada persona. Podemos observar conductas y examinar afirmaciones, pero necesitamos humildad para acompañar.

Tampoco conviene producir una seguridad superficial mediante una fórmula. Una oración puede expresar fe y arrepentimiento, pero sus palabras no funcionan como un mecanismo automático. El fundamento es el Salvador a quien la persona acude.

El acompañamiento debe ayudarla a comprender el Evangelio, confiar en Cristo y comenzar a caminar con él.

En Juan 3, Jesús también habla de la luz y de la respuesta humana a ella. Los versículos 19-21 presentan la resistencia de quienes evitan que sus obras sean expuestas y la disposición de quien practica la verdad a venir a la luz.

Esta enseñanza nos invita a dejar de esconder lo que necesita corrección. Acercarnos a Cristo incluye permitir que su verdad examine nuestra vida.

Venir a la luz significa responder con sinceridad delante de Dios.

Una persona puede reconocer que su religiosidad se ha convertido en una apariencia. Puede descubrir que sus decisiones contradicen lo que afirma creer. Ese reconocimiento debe conducirla a buscar al Señor, no a construir otra imagen más convincente.

Podemos acudir a Cristo tal como estamos, reconociendo nuestra necesidad. Él llama a quienes necesitan salvación y promete recibir al que viene a él (Juan 6:37).

Después comienza un camino de aprendizaje. El nuevo creyente necesita conocer la Escritura, orar, participar en una comunidad y aprender a expresar su fe mediante obediencia.

El bautismo forma parte del mandato de hacer discípulos, junto con la enseñanza de lo que Jesús ordenó (Mateo 28:19-20). La vida cristiana tiene una dimensión personal y comunitaria.

Quien comienza a seguir a Cristo necesita oportunidades reales para crecer.

Una comunidad puede ayudar mediante relaciones cercanas, enseñanza comprensible y acompañamiento paciente. Debe permitir preguntas, explicar el Evangelio y orientar las decisiones sin imponer dominio personal.

La persona también necesita asumir su responsabilidad. Puede reservar tiempo para leer la Biblia, aprender a orar y atender aquello que la Palabra comienza a mostrarle.

Algunos cambios serán difíciles. Habrá relaciones que revisar, hábitos que abandonar y daños que reparar. La gracia del Señor sostiene el proceso mientras el creyente aprende a obedecer.

La pregunta sobre nacer de nuevo debe llevarnos a examinar nuestra relación con Jesucristo: ¿en quién confiamos?, ¿qué lugar ocupa su palabra?, ¿cómo respondemos cuando reconocemos pecado?

El examen debe conducir a la fe, al arrepentimiento y a la búsqueda de ayuda cuando sea necesaria. La seguridad cristiana encuentra su fundamento en la fidelidad del Salvador y en sus promesas.

Si todavía no has respondido personalmente a Cristo, considera su Evangelio. Reconoce tu pecado, vuelve a Dios y pon tu confianza en Jesús, que murió y resucitó.

Puedes expresar esa respuesta con tus propias palabras. Después busca una comunidad que enseñe fielmente la Biblia y te acompañe en tus primeros pasos.

Si ya has comenzado ese camino, permanece en él. Recibe corrección, confiesa tus faltas y continúa creciendo. Tu preparación para encontrarte con el Señor se desarrolla en esa relación de fe y obediencia.

Jesucristo es el fundamento de la vida nueva y de nuestra esperanza eterna.

CAPÍTULO 3. Arrepentimiento: vuelve a Dios con todo tu corazón

Reconocer el pecado, abandonar sus caminos y recibir la gracia del Señor.

Hay momentos en los que una persona comprende que necesita cambiar. Una conversación, una consecuencia dolorosa o la lectura de un pasaje bíblico pone delante de ella algo que llevaba tiempo evitando. Reconoce una mentira, una relación desordenada, una conducta injusta o un hábito que está dañando su vida.

Ese reconocimiento puede producir vergüenza, tristeza y temor. Sin embargo, necesita convertirse en una respuesta: acudir a Dios, confesar el pecado y comenzar a abandonar aquello que lo alimenta.

El arrepentimiento es una vuelta sincera a Dios que cambia la dirección de nuestra vida.

Jesús comenzó su ministerio anunciando el Reino y llamando al arrepentimiento y a la fe en el Evangelio (Marcos 1:14-15). Ese llamado reúne dos movimientos: reconocer la necesidad de volver a Dios y confiar en la buena noticia de su salvación.

Una persona puede lamentar las consecuencias de una conducta sin estar dispuesta a dejarla. Puede sentir tristeza porque perdió una relación, quedó expuesta o tuvo que enfrentar una responsabilidad. Esa tristeza merece atención, pero necesita examinarse: ¿estamos buscando únicamente aliviar la consecuencia o también corregir lo que hicimos?

Segunda de Corintios 7:10 distingue una tristeza que produce arrepentimiento de una tristeza que conduce a la muerte. En el

contexto, Pablo reconoce una respuesta que se expresó en disposición para atender el problema y actuar.

La sinceridad del arrepentimiento se muestra en los pasos que estamos dispuestos a dar.

La parábola del hijo pródigo ofrece una imagen clara. El hijo menor se aleja, desperdicia sus bienes y termina en necesidad. Después vuelve en sí, reconoce su situación y decide regresar a su padre. Su reconocimiento se convierte en movimiento: se levanta y vuelve (Lucas 15:11-24).

La narración también presenta la compasión del padre. El regreso del hijo encuentra una recepción que revela misericordia y restauración.

Este encuentro ayuda a comprender el llamado del Evangelio. Podemos reconocer nuestro pecado y volver a Dios con esperanza. Su gracia nos permite acercarnos con sinceridad, en lugar de seguir escondiendo lo que necesita corrección.

No necesitas construir una apariencia para acudir a Cristo; necesitas reconocer tu necesidad y confiar en él.

La confesión comienza por llamar al pecado por su nombre. Si mentimos, debemos reconocer la mentira. Si actuamos injustamente, debemos identificar la injusticia. Las expresiones generales pueden ayudarnos a empezar, pero a veces también permiten mantener distancia de la responsabilidad concreta.

“Me equivoqué” necesita desarrollarse cuando hemos causado daño: qué hicimos, a quién afectó y qué debemos atender.

El Salmo 51 presenta la oración de alguien que reconoce su pecado y pide limpieza y renovación. La confesión se dirige a Dios y expresa la necesidad de un corazón transformado.

Primera de Juan 1:9 también nos llama a confesar nuestros pecados y afirma la fidelidad y justicia de Dios para perdonar y limpiar. La esperanza descansa en su carácter y en la obra de Jesucristo.

Confesar abre el camino para recibir perdón y dejar de proteger la conducta que nos aparta de Dios.

El arrepentimiento incluye abandonar. Proverbios 28:13 relaciona la misericordia con confesar y apartarse. Esa separación requiere decisiones concretas.

Si una persona mantiene una mentira, necesita corregirla. Si utiliza recursos que no le pertenecen, necesita dejar de hacerlo y atender la devolución. Si un hábito se alimenta de ciertas oportunidades, debe revisar cómo reducir esas oportunidades y buscar ayuda.

La decisión puede comenzar hoy aunque el proceso requiera tiempo. Lo importante es que nuestros pasos tengan una dirección coherente con lo que confesamos.

La historia de Zaqueo muestra una respuesta que alcanza la administración de los bienes. Al recibir a Jesús, expresa su disposición a compartir con los pobres y restituir a quienes había defraudado (Lucas 19:1-10).

La restitución aparece como fruto de una respuesta al Señor. La transformación llega a un área donde sus decisiones habían afectado a otras personas.

El arrepentimiento verdadero considera también el daño causado al prójimo.

Algunas consecuencias pueden repararse directamente. Otras requieren tiempo, acuerdos y orientación. Una deuda puede necesitar un plan de pago. Una información falsa puede necesitar una corrección ante quienes la recibieron. Una confianza quebrada puede recuperarse mediante una conducta consistente.

Pedir perdón no elimina automáticamente todas las consecuencias. La persona afectada puede necesitar tiempo para comprender lo ocurrido y evaluar el cambio. Debemos respetar ese proceso.

Asumir responsabilidad incluye evitar nuevas presiones sobre quien sufrió el daño. Nuestra necesidad de sentir alivio no debe convertirse en una exigencia de que el otro responda inmediatamente como deseamos.

También debemos examinar las excusas. Podemos atribuir todo a una circunstancia, a la conducta ajena o a una tentación. Esas circunstancias pueden ayudar a comprender lo ocurrido, pero nuestra respuesta necesita reconocer las decisiones que nos corresponden.

Santiago 1:14-15 describe cómo el deseo puede dar lugar al pecado y cómo este produce muerte. El pasaje invita a considerar el proceso, no solo el resultado final.

Podemos preguntar dónde comenzamos a ceder: qué conversación mantuvimos, qué pensamiento alimentamos, qué límite abandonamos o qué corrección rechazamos. Comprender ese recorrido ayuda a tomar decisiones más sabias.

Examinar cómo llegamos al pecado puede ayudarnos a interrumpir el camino que lo alimenta.

La lucha espiritual exige esa honestidad. Efesios 6:10-18 nos llama a fortalecernos en el Señor y permanecer firmes en la verdad. La oración y la dependencia de Cristo deben acompañarse de obediencia.

Podemos pedir al Señor fortaleza para resistir y, al mismo tiempo, dejar de buscar aquello que facilita nuestra caída. Podemos recibir acompañamiento y establecer compromisos que ayuden a sostener el cambio.

Quien ha caído repetidamente necesita perseverar en el arrepentimiento y revisar qué ayuda adicional requiere. Una promesa pronunciada en un momento de angustia puede ser insuficiente si después regresamos a las mismas condiciones sin hacer cambios.

La comunidad cristiana puede ofrecer oración, enseñanza y relaciones de responsabilidad. Santiago 5:16 relaciona la confesión y la oración mutua con la vida de la comunidad. Ese cuidado necesita confianza, discreción y una finalidad de restauración.

Buscar ayuda puede ser un paso de humildad que fortalece la obediencia.

El arrepentimiento tampoco debe confundirse con una vida permanente de autocondena. Romanos 8:1 anuncia que no hay condenación para quienes están en Cristo Jesús. Podemos reconocer una falta sin convertirla en la identidad definitiva de nuestra vida.

El perdón de Dios nos permite levantarnos y caminar. La memoria de lo ocurrido puede enseñarnos, pero la esperanza debe permanecer en el Salvador.

Pedro negó a Jesús y después recibió una llamada a seguirle y cuidar de otros (Lucas 22:54-62; Juan 21:15-19). Su historia muestra la gravedad de una caída y la posibilidad de restauración por la gracia del Señor.

Si la Palabra está mostrando algo que necesitas abandonar, comienza por responder. Confiesa delante de Dios. Busca el paso concreto que corresponde. Atiende el daño cuando sea posible y recibe ayuda para perseverar.

Volver a Dios con todo el corazón significa confiar en su misericordia y permitir que su verdad cambie nuestras decisiones.

CAPÍTULO 4. Examina tu vida delante de Dios

Una revisión sincera de tus decisiones,
prioridades y conducta.

Una persona puede acostumbrarse tanto a su manera de vivir que deja de examinarla. Sus horarios, conversaciones y decisiones se repiten. Algunas prácticas fueron elegidas conscientemente; otras se desarrollaron poco a poco hasta convertirse en hábitos.

Por eso, necesitamos detenernos y mirar nuestra vida delante de Dios. Ese examen permite reconocer lo que debe fortalecerse, lo que requiere corrección y lo que hemos dejado pendiente.

La sinceridad espiritual comienza cuando permitimos que la verdad revise nuestras decisiones.

El Salmo 139:23-24 expresa una oración de apertura: el salmista pide que Dios examine su corazón, conozca sus pensamientos y lo guíe en el camino eterno. Esta disposición reconoce que podemos pasar por alto cosas importantes acerca de nosotros mismos.

Segunda de Corintios 13:5 llama a examinarse acerca de la fe. El contexto incluye una comunidad que estaba evaluando a Pablo y necesitaba considerar también su propia condición. La atención vuelve hacia quienes juzgan.

Ese movimiento es necesario. Podemos desarrollar una gran capacidad para identificar errores ajenos mientras protegemos los nuestros.

Jesús utilizó la imagen de la viga y la paja para enseñar la importancia de atender primero nuestra propia necesidad de

corrección (Mateo 7:3-5). El examen personal prepara una ayuda más humilde y responsable hacia otros.

Antes de señalar, debemos estar dispuestos a ser examinados.

Podemos comenzar por observar nuestras prioridades reales. Lo que afirmamos valorar necesita compararse con el uso del tiempo, los recursos y la atención.

Si decimos que la familia es importante, debemos considerar cómo la escuchamos y cuidamos. Si reconocemos la autoridad de la Palabra, debemos observar cuándo la leemos y cómo respondemos a ella. Si hablamos de servicio, corresponde examinar a quién estamos ayudando.

La comparación puede mostrar distancia entre nuestras convicciones declaradas y nuestra conducta. Esa distancia necesita una respuesta concreta.

Jesús enseñó que donde está nuestro tesoro, allí estará nuestro corazón (Mateo 6:21). La administración de recursos puede revelar a qué damos importancia. El uso del tiempo también permite reconocer compromisos que dominan nuestra vida.

Este examen debe considerar las responsabilidades reales. Una persona que trabaja muchas horas para sostener a su familia enfrenta condiciones diferentes de quien dispone de tiempo que decide desperdiciar. La evaluación necesita contexto y honestidad.

Dios conoce nuestras circunstancias; nosotros debemos revisar cómo respondemos dentro de ellas.

También conviene examinar nuestras palabras. ¿Decimos la verdad? ¿Cumplimos lo prometido? ¿Utilizamos información privada para perjudicar? ¿Hablamos con respeto cuando estamos molestos?

Santiago 3 presenta la influencia de la lengua y las consecuencias que puede producir. Una conversación puede fortalecer a alguien o dejar una herida. Una afirmación pública puede corregir una injusticia o difundir una acusación equivocada.

La revisión debe alcanzar los mensajes que escribimos y compartimos. Antes de publicar, podemos considerar si lo que decimos es verdadero, necesario y expresado de una manera responsable.

Otra área es la conducta privada. Hay decisiones que pocas personas observan: cómo tratamos a alguien cuando no hay testigos, qué consumimos en una pantalla o cómo administramos un recurso que nadie revisa.

La integridad se fortalece cuando la misma disposición a obedecer alcanza esos espacios.

La fidelidad a Cristo incluye aquello que hacemos fuera de la mirada de otros.

El examen también puede considerar nuestras reacciones. La irritación frecuente, la necesidad de tener siempre la razón o la dificultad para escuchar pueden estar afectando nuestras relaciones.

Debemos preguntar qué ocurre cuando alguien nos corrige. ¿Escuchamos? ¿Buscamos comprender? ¿Respondemos atacando? ¿Aceptamos revisar los hechos?

Una persona puede defender su reputación con tanta fuerza que termina impidiendo la corrección que necesita. Proverbios valora repetidamente la disposición a recibir consejo y aprender.

La humildad permite reconocer que una observación incómoda puede contener una verdad útil.

También necesitamos revisar nuestras responsabilidades. Una obligación puede quedar pendiente porque hemos perdido organización, porque evitamos una conversación o porque asumimos más compromisos de los que podemos atender.

El examen debe ayudar a distinguir esas causas. Si necesitamos reorganizar, corresponde hacerlo. Si debemos reconocer que no podemos cumplir algo, debemos comunicarlo. Si causamos una dificultad, necesitamos asumir nuestra parte.

La obediencia cotidiana incluye claridad, cumplimiento y disposición a reparar.

En el ministerio, esta revisión tiene una importancia especial. Podemos preguntar si enseñamos con fidelidad, si administramos con transparencia y si tratamos a las personas como prójimos que merecen cuidado.

La función que desempeñamos aumenta nuestra responsabilidad. Quien guía a otros necesita conservar espacios para recibir enseñanza y revisión.

Primera de Timoteo 4:16 llama a cuidar de uno mismo y de la doctrina. La vida del ministro y su enseñanza deben recibir atención constante.

El examen no debe limitarse a buscar faltas. También podemos reconocer la obra de Dios: una respuesta más paciente, una relación que comienza a restaurarse, una decisión honesta o una mayor disposición a servir.

La gratitud ayuda a ver que la gracia está produciendo fruto. Podemos dar gracias y continuar creciendo, sin atribuirnos toda la fuerza del proceso.

Examinar la vida incluye reconocer lo que Dios está transformando y cuidar ese crecimiento.

Conviene dedicar un tiempo tranquilo a esta revisión. Podemos leer un pasaje, orar y escribir lo que necesitamos atender. Después debemos convertir las observaciones en pasos posibles.

Si identificamos demasiados asuntos a la vez, puede ser útil comenzar por los más urgentes: un daño que continúa, una mentira que debe corregirse o una responsabilidad que afecta a otras personas.

Luego podemos establecer un seguimiento. ¿Qué hice? ¿Qué quedó pendiente? ¿Qué dificultad apareció? ¿Qué ayuda necesito?

Este proceso evita que el examen termine únicamente en preocupación. La revisión tiene sentido cuando orienta nuestra respuesta.

También debemos distinguir entre una falta concreta y una sensación general de culpa. Cuando reconocemos una conducta, podemos confesarla y atenderla. Cuando solo tenemos una angustia imprecisa, conviene buscar comprensión y acompañamiento, en lugar de acumular acusaciones contra nosotros mismos.

El Evangelio ofrece un fundamento de esperanza. Podemos acercarnos a Dios confiando en Jesucristo y pedir la gracia necesaria para obedecer. Su misericordia permite una revisión sincera sin tener que esconder nuestra necesidad.

Quizá hoy descubras una decisión pendiente. Quizá reconozcas que necesitas escuchar mejor, cumplir un compromiso o abandonar una práctica. Recibe esa claridad como una oportunidad para responder.

Una vida examinada delante de Dios puede convertirse en una vida mejor orientada: más sincera, responsable y disponible para servir a Jesucristo.

CAPÍTULO 5. Rompe con el pecado que has aprendido a justificar

La obediencia a Cristo frente a los hábitos que debilitan tu vida espiritual.

Una conducta puede comenzar inquietando la conciencia y terminar siendo defendida como una necesidad. La persona sabe que está mal, pero encuentra una explicación: está cansada, atraviesa dificultades, otros también lo hacen o necesita una manera de aliviarse.

Después de repetir esas explicaciones, puede dejar de examinar la conducta. La justificación ocupa el lugar donde antes había una disposición a corregirse.

Cuando defendemos continuamente un pecado, dificultamos nuestra respuesta a la verdad.

El primer paso es reconocer qué estamos haciendo. Tal vez mantenemos una mentira para conservar una ventaja. Quizá alimentamos una relación que contradice nuestros compromisos. Puede ser una práctica sexual que debemos abandonar, una manera injusta de obtener dinero o una costumbre de humillar a otras personas.

Cada situación necesita examinarse con la Escritura y con atención a sus consecuencias. La sinceridad requiere nombrar nuestra responsabilidad y dejar de tratarla como inevitable.

Romanos 6:12-14 llama a impedir que el pecado reine en nuestro cuerpo y a presentar nuestra vida a Dios. El capítulo relaciona esta respuesta con nuestra unión con Cristo y con la realidad de su gracia.

La gracia nos llama a vivir bajo un nuevo señorío.

Una persona puede pensar que cambiar será imposible porque ha repetido una conducta durante muchos años. La fuerza del hábito merece atención, pero no debe convertirse en una declaración definitiva sobre su futuro.

El cambio puede requerir tiempo, acompañamiento y decisiones sostenidas. Debemos comenzar por aquello que está a nuestro alcance, confiando en el Señor y buscando ayuda cuando la necesitamos.

Conviene reconocer el recorrido que conduce a la conducta. Un hábito rara vez aparece sin antecedentes. Puede comenzar con una conversación, una búsqueda, una oportunidad o un pensamiento que seguimos alimentando.

Si conocemos ese recorrido, podemos intervenir antes de llegar al momento de mayor presión.

Una persona que intenta abandonar contenido sexual puede necesitar revisar qué consume, cuándo utiliza sus dispositivos y qué hace en momentos de aislamiento. Quien responde con agresividad necesita atender sus señales de irritación y aprender a detener una conversación antes de causar más daño.

Identificar lo que alimenta una conducta ayuda a tomar medidas concretas para abandonarla.

Segunda de Timoteo 2:22 llama a huir de las pasiones juveniles y seguir la justicia, la fe, el amor y la paz, junto con quienes invocan al Señor de corazón limpio. La exhortación incluye apartarse de lo que amenaza la fidelidad y avanzar hacia prácticas que la fortalecen.

Hay oportunidades que debemos dejar de buscar. Una relación puede necesitar límites claros. Un espacio digital puede requerir

cambios. Un procedimiento de trabajo puede necesitar revisión para impedir que sigamos actuando de manera injusta.

Esas decisiones deben corresponder al problema real. La firmeza se demuestra al sostenerlas cuando vuelve la tentación.

También necesitamos reconocer la diferencia entre ser tentados y consentir al pecado. La presencia de una tentación no significa que ya hayamos cedido. Ese momento puede convertirse en una oportunidad para pedir ayuda, apartarnos y elegir una respuesta fiel.

Primera de Corintios 10:13 afirma la fidelidad de Dios en medio de la tentación y habla de una salida para poder soportarla. Esa promesa nos invita a buscar el camino de obediencia que debemos tomar.

Cuando llega la tentación, todavía hay una decisión que podemos atender.

La oración es esencial. Podemos acudir al Señor con sinceridad, reconocer nuestra debilidad y pedir fortaleza. Jesús enseñó a sus discípulos a velar y orar para no entrar en tentación (Mateo 26:41).

Esa vigilancia incluye prestar atención a nuestras condiciones. El agotamiento, el aislamiento y la falta de organización pueden dificultar nuestras respuestas. Comprenderlos permite cuidarnos mejor, sin utilizarlos para justificar el daño causado.

También hace falta cambiar lo que repetimos interiormente. Si una persona se dice constantemente que necesita una conducta pecaminosa para sentirse bien, esa idea debe examinarse.

Romanos 12:2 llama a la renovación del entendimiento. La Palabra nos ayuda a revisar lo que hemos aprendido a considerar normal, necesario o aceptable.

La transformación alcanza nuestras acciones y las ideas con las que las defendemos.

Podemos aprender a reconocer una afirmación falsa y responderle con verdad. “Siempre voy a ser así” necesita confrontarse con la posibilidad de crecer por la gracia de Dios. “Nadie saldrá perjudicado” debe examinarse a la luz de las consecuencias. “Lo merezco” necesita someterse a la voluntad del Señor.

En ocasiones, también debemos escuchar a quien recibió el daño. Nuestra percepción puede ser incompleta. Una conducta que nosotros minimizamos puede haber afectado profundamente a otra persona.

Asumir responsabilidad significa atender esa realidad, dejar de repetir el daño y buscar una reparación apropiada.

El acompañamiento puede ser importante cuando el hábito está arraigado. Una persona confiable puede ayudarnos a observar patrones, sostener compromisos y reconocer cuándo estamos regresando a las excusas.

La ayuda debe conservar una finalidad de restauración. Necesitamos discreción, verdad y respeto. Quien acompaña no debe utilizar lo que conoce para dominar o avergonzar.

La responsabilidad compartida puede fortalecer una decisión que el aislamiento debilita.

Si ocurre una caída, corresponde reconocerla y responder pronto. Podemos confesar delante de Dios, revisar lo sucedido y atender los cambios necesarios. Ocultarla durante semanas puede permitir que el patrón recupere fuerza.

También conviene distinguir entre una caída y una decisión de continuar justificando la conducta. La persona que reconoce su falta necesita gracia y orientación para levantarse. Quien la

defiende necesita recibir una corrección que confronte esa resistencia.

Primera de Juan 2:1 presenta a Jesucristo como abogado cuando alguno ha pecado. Esta esperanza debe llevarnos a acudir al Salvador y retomar el camino de obediencia.

El perdón de Cristo abre una oportunidad para responder de nuevo con sinceridad.

La lucha espiritual requiere permanecer firmes en el Señor. Efesios 6 presenta la verdad, la justicia, la fe, la Palabra y la oración como parte de esa firmeza. La ministración debe ayudar a la persona a vivir bajo la autoridad de Jesucristo y a abandonar aquello que contradice su voluntad.

No basta declarar una victoria mientras protegemos las mismas decisiones que alimentan el problema. La confesión de fe debe acompañarse de pasos coherentes.

Quizá hoy puedas identificar una conducta que llevas tiempo defendiendo. Comienza por dejar de justificarla. Reconoce su nombre, examina cómo se sostiene y toma una medida concreta para apartarte.

Busca ayuda si la necesitas. Atiende a quienes has perjudicado. Permanece en la oración y la Palabra. Continúa aunque el proceso exija perseverancia.

Prepararte para encontrarte con Cristo incluye abandonar el pecado que has aprendido a proteger y caminar en la libertad de obedecerle.

CAPÍTULO 6. Recupera la oración y permanece en la Palabra

Los fundamentos de una relación constante con Dios.

Algunas personas recuerdan una etapa en la que oraban con disposición y leían la Biblia con interés. Después llegaron nuevas responsabilidades, cansancio o cambios en la rutina. El espacio de comunión comenzó a reducirse hasta convertirse en algo ocasional.

La distancia puede crecer sin una decisión explícita de alejarse. Un día se omite la oración; después, otro. La lectura se posterga. Con el tiempo, la persona continúa conociendo expresiones cristianas, pero escucha cada vez menos la enseñanza que debe orientar su vida.

La relación con Dios necesita atención constante dentro de nuestras condiciones reales.

Recuperar esa atención comienza con una decisión sencilla y sostenible. Podemos buscar un momento del día, preparar un espacio y abrir un pasaje que leeremos con cuidado.

La constancia permite desarrollar una disposición que atraviesa los cambios de ánimo. Habrá días de entusiasmo y días de cansancio. En ambos podemos acudir al Señor con sinceridad.

Jesús enseñó a orar sin convertir la oración en una exhibición y habló del encuentro con el Padre en lo secreto (Mateo 6:5-6). Esa enseñanza dirige nuestra atención hacia Dios y hacia la sinceridad del corazón.

La oración es un espacio para acudir al Padre, escuchar su verdad y poner nuestra vida delante de él.

Podemos comenzar agradeciendo por su cuidado, confesando lo que necesita corrección y presentando nuestras necesidades. También debemos recordar a otras personas, a la comunidad y a quienes todavía necesitan conocer a Cristo.

La oración que Jesús enseñó incluye el nombre y el Reino de Dios, su voluntad, el sustento, el perdón y la protección frente al mal (Mateo 6:9-13). Su contenido ayuda a ampliar nuestra atención.

A veces llegamos a orar únicamente con aquello que nos preocupa. Podemos presentarlo, pero también necesitamos permitir que la voluntad del Señor ordene nuestros deseos.

Jesús expresó en Getsemaní su petición y su entrega a la voluntad del Padre (Mateo 26:39). Ese ejemplo enseña una confianza que permanece aun cuando la respuesta exige atravesar una situación difícil.

Orar incluye pedir con fe y mantener una disposición a obedecer.

La perseverancia también importa. Lucas 18:1 introduce una parábola con el propósito de enseñar a orar siempre y no desmayar. La espera puede probar nuestra confianza y revelar la necesidad de seguir dependiendo de Dios.

Podemos continuar orando sin convertir cada demora en una conclusión acerca de su amor. Hay asuntos cuya respuesta no comprendemos completamente. En ellos necesitamos sostén, paciencia y compañía.

Romanos 8:26 reconoce que no siempre sabemos pedir como conviene y presenta la ayuda del Espíritu en nuestra debilidad.

Podemos acercarnos a Dios sin fingir claridad donde tenemos preguntas.

Una oración sincera puede ser breve. Podemos decir al Señor lo que estamos viviendo y pedirle ayuda para dar el siguiente paso. La profundidad de esa respuesta debe evaluarse por nuestra disposición, no por la cantidad de palabras.

La lectura bíblica acompaña la oración. Segunda de Timoteo 3:16-17 presenta la Escritura como útil para enseñar, corregir e instruir, preparando al creyente para toda buena obra.

La Palabra forma nuestras convicciones y orienta nuestra conducta.

Para leer con cuidado, conviene atender un pasaje completo. Podemos observar quién habla, a quién se dirige y qué asunto está tratando. Después debemos distinguir lo que afirma el texto de las ideas que nosotros traemos.

Una promesa necesita comprenderse dentro de su contexto. Una instrucción debe examinarse según su destinatario y su relación con el conjunto bíblico. Este cuidado fortalece una aplicación responsable.

Podemos hacernos preguntas sencillas: ¿qué enseña acerca de Dios?, ¿qué muestra acerca del ser humano?, ¿qué respuesta pide?, ¿cómo se relaciona con el Evangelio?

Después debemos considerar una aplicación concreta. Santiago 1:22 llama a ser hacedores de la palabra. La comprensión debe avanzar hacia decisiones.

Leer la Biblia con fidelidad incluye permitir que lo aprendido cambie nuestra manera de vivir.

Si un pasaje nos llama a hablar verdad, debemos revisar una conversación. Si enseña generosidad, podemos considerar una necesidad. Si confronta la parcialidad, debemos examinar nuestro trato hacia las personas.

La aplicación debe respetar el sentido del texto y nuestras responsabilidades. No necesitamos inventar instrucciones particulares donde la Escritura no las establece.

La memorización también puede ayudarnos. Conservar un pasaje y meditar en él permite recordarlo durante el día. El Salmo 1 describe a quien encuentra deleite en la ley del Señor y medita en ella.

Esa meditación puede continuar mientras trabajamos, caminamos o atendemos una responsabilidad. Podemos recordar lo leído y considerar cómo orienta una decisión que tenemos delante.

La oración y la Palabra también sostienen la lucha espiritual. Efesios 6:17-18 relaciona la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios, con la oración perseverante.

La firmeza espiritual necesita verdad recibida y dependencia constante del Señor.

Las herramientas digitales pueden colaborar. Podemos escuchar la Biblia, consultar un recurso o participar en una enseñanza. Conviene utilizarlas de una manera que facilite la atención.

Si el dispositivo nos lleva continuamente a otras actividades, debemos revisar cómo lo usamos durante ese tiempo. Una decisión sencilla, como reservar un momento sin interrupciones, puede ayudar.

La comunidad aporta otra dimensión necesaria. Hechos 2:42 presenta a los creyentes perseverando en la enseñanza, la comunión, el partimiento del pan y las oraciones. La vida espiritual

se fortalece mediante relaciones donde aprendemos y compartimos.

Podemos orar con otros, llevar nuestras preguntas y recibir orientación. La lectura personal y la enseñanza comunitaria pueden ayudarnos a reconocer interpretaciones equivocadas y crecer en comprensión.

Si has dejado de orar o leer, comienza de nuevo hoy. Escoge un pasaje, léelo con atención y responde al Señor. Busca un horario que puedas sostener y continúa al día siguiente.

Cuando falle la rutina, retómala. Revisa qué dificultó la constancia y ajusta lo necesario. El propósito es permanecer en una relación que forme tu vida.

Prepararte para encontrarte con Jesucristo incluye escucharlo en su Palabra, acudir a él en oración y responder cada día con fe y obediencia.

CAPÍTULO 7. Perdona, pide perdón y busca la reconciliación

La respuesta cristiana ante las heridas, las ofensas y el daño causado.

Hay conversaciones que permanecen pendientes durante años. Una persona recuerda lo que le hicieron y vuelve a sentir la herida. Otra sabe que causó daño, pero evita reconocerlo. Ambas pueden continuar con sus actividades mientras esa historia afecta sus decisiones y relaciones.

Prepararnos para encontrarnos con Cristo incluye atender estas responsabilidades. El Evangelio alcanza nuestra manera de responder a una ofensa y nuestra disposición a reconocer el daño que hemos causado.

La gracia que recibimos de Dios debe orientar nuestro trato hacia los demás.

Efesios 4:31-32 llama a abandonar la amargura, la ira y la malicia, y a tratarnos con misericordia, perdonándonos como Dios nos perdonó en Cristo. El fundamento de esta respuesta está en la gracia del Señor.

Perdonar puede requerir un proceso. Algunas heridas son profundas y sus consecuencias continúan. La persona necesita tiempo para comprender lo ocurrido, recibir apoyo y aprender a responder sin quedar gobernada por el deseo de venganza.

La sinceridad permite reconocer el dolor. Podemos hablar delante de Dios acerca de la ofensa y pedir ayuda para obedecer. No necesitamos fingir que lo sucedido fue pequeño.

Perdonar incluye renunciar a alimentar la venganza y entregar el juicio al Señor.

Romanos 12:17-21 llama a evitar la devolución del mal por mal y a vencer el mal con el bien. También enseña a dejar lugar al juicio de Dios. Esta disposición nos ayuda a resistir la tentación de causar un nuevo daño para responder al primero.

Ese llamado puede expresarse de maneras concretas. Podemos dejar de difundir comentarios destinados a humillar. Podemos evitar utilizar información privada como represalia. Podemos detener una conversación que solo está alimentando hostilidad.

La justicia y la protección siguen siendo importantes. Una persona puede perdonar y, al mismo tiempo, establecer límites, buscar ayuda o acudir a los procedimientos apropiados para atender un daño. El perdón debe comprenderse junto con la verdad y la responsabilidad.

La misericordia puede convivir con límites que protegen a las personas.

La confianza también necesita un tratamiento cuidadoso. Cuando fue quebrada, su recuperación puede requerir una conducta consistente durante un período prolongado. Una declaración de arrepentimiento merece escucharse, pero la relación necesita observar cómo se expresa en acciones.

La reconciliación incluye responsabilidades de ambas partes. Romanos 12:18 llama a vivir en paz con todos en cuanto dependa de nosotros. Esa expresión reconoce que nuestra respuesta tiene un alcance y que no controlamos todas las decisiones ajenas.

Podemos ofrecer una conversación, reconocer una falta y mostrar disposición a reparar. La otra persona puede necesitar tiempo o decidir mantener distancia. Debemos respetar ese proceso.

También necesitamos aprender a pedir perdón. Cuando hemos causado daño, corresponde hablar con claridad. Una petición sincera identifica lo ocurrido y asume nuestra participación.

“Perdóname por haberte mentado” ofrece una responsabilidad concreta. “Perdóname si te sentiste mal” puede dejar sin reconocer la conducta que produjo la herida.

Pedir perdón requiere asumir lo que hicimos, sin trasladar la responsabilidad a la reacción del otro.

Las explicaciones pueden ayudar a comprender, pero debemos cuidar que no se conviertan en excusas. El cansancio, la presión o una dificultad personal pueden formar parte del contexto. Aun así, debemos reconocer las decisiones que nos corresponden.

Después de confesar la falta, podemos escuchar. Quizá la persona explique consecuencias que desconocíamos. Nuestra disposición a atenderlas forma parte del proceso.

Santiago 1:19 llama a ser prontos para oír y tardos para hablar y airarse. Una conversación de reparación necesita esa paciencia. Interrumpir para defendernos puede cerrar el espacio que acabamos de abrir.

La restitución también merece consideración. Si tomamos algo, debemos atender su devolución. Si difundimos una información falsa, debemos corregirla ante quienes la recibieron. Si incumplimos un compromiso, necesitamos explicar cómo asumiremos sus consecuencias.

La reparación muestra que el reconocimiento está produciendo una respuesta responsable.

Algunas situaciones necesitan acompañamiento. Una conversación puede ser difícil por la intensidad del conflicto o por la desigualdad

de poder entre las personas. Buscar un mediador responsable puede ayudar a ordenar los asuntos y preservar el respeto.

Ese acompañamiento debe tener una finalidad clara. La persona que ayuda necesita escuchar, distinguir los hechos y evitar presionar a alguien para aceptar una solución que no ha comprendido.

Cuando existe un riesgo de daño, la protección debe orientar el proceso. La búsqueda de paz requiere condiciones que permitan hablar y actuar con seguridad.

En la familia, pedir perdón tiene un valor especial. Un padre puede reconocer que habló con dureza. Un esposo puede admitir una conducta injusta. Un hijo puede asumir una falta. Estas respuestas enseñan que la autoridad y la dignidad permiten recibir corrección.

Reconocer una falta con humildad puede abrir un camino de cambio dentro del hogar.

En la iglesia también necesitamos atender los conflictos. Mateo 18:15-17 presenta un proceso para tratar una falta entre hermanos. El pasaje dirige la atención hacia una intervención que busca ganar al hermano, con pasos que amplían la participación cuando resulta necesario.

Esta enseñanza debe aplicarse con discernimiento según la naturaleza del asunto. Una dificultad personal, un abuso y una conducta que afecta a muchas personas pueden necesitar respuestas diferentes. La verdad y la protección deben mantenerse presentes.

Los líderes tienen una responsabilidad de ejemplo. Si causan daño, deben reconocerlo y permitir una revisión adecuada. Su función no elimina la necesidad de corregirse.

También podemos pedir perdón de maneras equivocadas: exigir una respuesta inmediata, insistir repetidamente o utilizar la culpa

para obtener cercanía. La reparación requiere respetar la libertad y los límites de la otra persona.

El arrepentimiento se demuestra también en la manera de aceptar las consecuencias.

Si estás herido, comienza por reconocer tu dolor delante de Dios. Busca ayuda para comprenderlo y evita alimentar acciones de venganza. Considera qué límites necesitas y qué respuesta fiel puedes dar hoy.

Si causaste daño, identifica tu responsabilidad. Prepara una confesión clara, escucha a la persona y atiende lo que puedas reparar. Permite que tus acciones sostengan tus palabras.

Estos pasos pueden ser difíciles, pero forman parte de una vida que responde al Evangelio. Cristo nos llama a caminar en la verdad y el amor.

Prepararte para encontrarte con el Señor incluye perdonar con sinceridad, pedir perdón con humildad y buscar la paz con responsabilidad.

CAPÍTULO 8. Ordena tu casa y cuida a los tuyos

La fidelidad a Cristo en la familia y las responsabilidades cotidianas.

Una persona puede atender muchas necesidades fuera de casa y dejar pendientes asuntos importantes dentro de ella. Puede escuchar a otros con paciencia y responder con dureza a su familia. Puede organizar actividades con dedicación mientras posterga conversaciones, compromisos y cuidados cercanos.

La vida cristiana necesita alcanzar esos espacios. La familia conoce aspectos de nuestra conducta que una audiencia nunca observa: cómo reaccionamos al cansancio, cómo cumplimos una promesa y cómo tratamos a quien necesita nuestra atención.

La fidelidad a Cristo debe expresarse también en el hogar.

Ordenar la casa incluye revisar relaciones y responsabilidades. Algunas personas necesitan conversar acerca de una dificultad. Otras deben organizar sus recursos, cumplir un compromiso o distribuir mejor las tareas.

El primer paso es reconocer qué está siendo descuidado. Podemos preguntar si escuchamos a quienes viven con nosotros, si conocen nuestros planes y si estamos asumiendo la parte que nos corresponde.

Primera de Timoteo 5:8 destaca la responsabilidad de cuidar a los propios, especialmente a los de la casa. El contexto trata la atención a familiares necesitados y muestra que la fe tiene consecuencias concretas en ese cuidado.

El amor a los nuestros requiere presencia, responsabilidad y acciones.

La presencia incluye algo más que compartir un espacio. Una persona puede estar físicamente en casa y permanecer absorbida por otras actividades. Escuchar exige detenerse, prestar atención y permitir que el otro termine de explicar.

Podemos reservar momentos para conversar sin interrupciones. Una comida, una caminata o un tiempo breve al final del día pueden ayudar a conocer cómo está cada integrante de la familia.

La constancia hace valiosos esos espacios. Cuando alguien sabe que será escuchado, puede encontrar una oportunidad para expresar una preocupación antes de que crezca.

También debemos revisar el trato. Las palabras repetidas forman un ambiente. Una familia puede acostumbrarse a los gritos, la descalificación o el silencio hostil, aunque esas prácticas continúen causando daño.

Efesios 4:29 llama a utilizar palabras que contribuyan a la edificación según la necesidad. Esta enseñanza orienta nuestras conversaciones más cercanas.

La verdad puede expresarse con firmeza y respeto.

Una corrección necesita claridad sobre la conducta que debe cambiar. Humillar a la persona puede dificultar su respuesta y afectar la relación. Podemos establecer responsabilidades, explicar consecuencias y escuchar sin atacar su dignidad.

Colosenses 3:19 llama a los esposos a amar a sus esposas y evitar la dureza hacia ellas. Efesios 6:4 exhorta a los padres a criar a sus hijos en la disciplina y enseñanza del Señor, sin provocar su ira.

Estos pasajes deben llevarnos a examinar la manera en que ejercemos influencia en el hogar. La responsabilidad de guiar exige paciencia, ejemplo y disposición a corregir nuestra propia conducta.

La autoridad cristiana se comprende a la luz del servicio de Jesucristo. Marcos 10:42-45 presenta un modelo que rechaza el dominio abusivo y llama a servir.

Quien tiene mayor responsabilidad debe mostrar mayor disposición a cuidar.

El orden familiar también incluye el cumplimiento. Si hacemos una promesa, debemos considerar si podemos sostenerla. Si asumimos una tarea, corresponde atenderla o comunicar oportunamente una dificultad.

Las promesas incumplidas pueden afectar la confianza. Cuando esto ocurre, necesitamos reconocerlo y desarrollar una manera más responsable de comprometernos.

La distribución de tareas merece conversación. El trabajo doméstico, el cuidado de niños o familiares y la administración cotidiana pueden recaer de manera desigual. Escuchar a quienes llevan esas cargas ayuda a reconocer lo que necesitamos ajustar.

La justicia comienza muchas veces en decisiones pequeñas: compartir una tarea, agradecer el esfuerzo y dejar de asumir que alguien estará siempre disponible.

Cuidar la casa incluye reconocer y acompañar el trabajo de quienes la sostienen.

La administración económica también influye en la vida familiar. Podemos revisar ingresos, obligaciones y decisiones que afectan a otros. La claridad ayuda a prevenir sorpresas y permite planificar según las posibilidades reales.

Si existe una dificultad, conviene hablar con honestidad. Ocultar una deuda o comprometer recursos compartidos sin conversar puede producir consecuencias importantes.

El orden requiere reconocer la situación y buscar una respuesta responsable. Algunas familias necesitarán ajustar gastos; otras, revisar compromisos o pedir orientación.

La preparación espiritual incluye, además, enseñar la fe de una manera comprensible. Deuteronomio 6:6-7 relaciona la enseñanza de la Palabra con la vida cotidiana del hogar. Los hijos aprenden mediante lo que escuchan y también mediante lo que observan.

Podemos leer un pasaje, orar juntos y conversar sobre una decisión. Estos momentos deben permitir preguntas y adaptarse a la edad y las condiciones de la familia.

La enseñanza gana credibilidad cuando está acompañada de un ejemplo coherente.

Si hablamos de perdón, debemos estar dispuestos a pedirlo. Si enseñamos honestidad, debemos decir la verdad. Si afirmamos que Dios cuida a las personas, debemos tratarlas con consideración.

Una familia también puede servir a otros. Puede acompañar a alguien, preparar una ayuda o recibir a una persona con hospitalidad. Estas experiencias permiten que la fe se exprese mediante acciones compartidas.

Al mismo tiempo, necesitamos cuidar los límites de nuestra disponibilidad. Una actividad ministerial puede ser valiosa y requerir una mejor organización para que las responsabilidades familiares reciban atención.

La conversación ayuda a encontrar ese equilibrio. Podemos explicar compromisos, escuchar necesidades y ajustar horarios.

Servir con fidelidad incluye atender las personas que ya nos han sido confiadas.

Algunas familias viven situaciones difíciles: distancia, separación, enfermedad o relaciones quebradas. En esos casos, el cuidado necesita adaptarse a lo que es posible y responsable.

Podemos cumplir obligaciones, mantener una comunicación apropiada y buscar ayuda para manejar un conflicto. No controlamos todas las respuestas, pero sí debemos examinar nuestra conducta.

La fidelidad se demuestra al asumir lo que nos corresponde dentro de la situación real.

Ordenar la casa no significa controlar la conciencia de cada integrante. La fe requiere una respuesta personal. Podemos enseñar, orar y dar testimonio mientras respetamos la dignidad de quienes todavía no comparten nuestras convicciones.

La paciencia y el amor ayudan a mantener abiertas conversaciones importantes. Una conducta consistente puede ofrecer un testimonio que acompañe nuestras palabras.

Hoy puedes comenzar por una responsabilidad concreta. Escucha a alguien a quien has descuidado. Atiende una tarea pendiente. Reconoce una palabra hiriente. Conversa acerca de una decisión que afecta a la familia.

Después continúa. La confianza crece mediante una conducta sostenida, y el cuidado se fortalece cuando se convierte en parte de la vida diaria.

Prepararte para encontrarte con Cristo incluye amar, servir y asumir con fidelidad las responsabilidades de tu hogar.

CAPÍTULO 9. Administra el tiempo, los recursos y los dones

Una mayordomía responsable de lo que Dios ha puesto en tus manos.

Cada día recibimos oportunidades que requieren una decisión. Tenemos responsabilidades que atender, personas a quienes servir y capacidades que podemos desarrollar. También administramos bienes, información y recursos que influyen en nuestra vida y en la de otros.

La manera en que utilizamos lo recibido expresa nuestras prioridades. Podemos actuar con gratitud y responsabilidad, o permitir que la improvisación y el descuido gobiernen nuestras decisiones.

La mayordomía cristiana consiste en administrar lo que tenemos bajo la autoridad de Jesucristo.

Primera de Corintios 4:2 afirma que se requiere fidelidad de los administradores. En su contexto, Pablo habla del servicio apostólico y de la responsabilidad recibida. Ese principio nos ayuda a comprender que una tarea confiada exige una respuesta honesta.

La pregunta comienza con nuestra situación real: ¿qué responsabilidades tengo?, ¿qué recursos administro?, ¿a quién afectan mis decisiones?, ¿qué necesita atención hoy?

El tiempo merece una revisión particular. Efesios 5:15-17 llama a andar con sabiduría, aprovechar el tiempo y comprender la voluntad del Señor. La exhortación invita a vivir con atención, en lugar de permitir que cada impulso determine el día.

Una persona puede terminar una jornada agotada sin haber atendido lo más importante. Las interrupciones, los compromisos excesivos y la falta de prioridades pueden consumir su disponibilidad.

Administrar el tiempo requiere distinguir entre lo urgente, lo importante y lo que podemos dejar de hacer.

Podemos comenzar identificando nuestras obligaciones principales. La familia, el trabajo, la comunión con Dios y los compromisos asumidos necesitan un lugar concreto en la organización del día.

Después conviene revisar qué ocupa espacios sin aportar un beneficio proporcional. Una conversación repetitiva, una búsqueda interminable o el consumo constante de contenido pueden desplazar tareas que sí requieren nuestra atención.

Esta evaluación debe considerar las condiciones personales. Quien cuida a un familiar o sostiene varios trabajos enfrenta exigencias diferentes. La sabiduría consiste en ordenar lo posible y buscar ayuda cuando la carga supera nuestra capacidad.

También necesitamos aprender a comprometernos con responsabilidad. Aceptar cada solicitud puede producir incumplimientos y agotamiento. Antes de decir que sí, debemos considerar el tiempo y los recursos necesarios.

Una respuesta honesta acerca de nuestros límites protege los compromisos que ya tenemos.

El descanso forma parte del cuidado de la vida. En Marcos 6:31, Jesús invita a sus discípulos a apartarse y descansar después de una etapa de actividad intensa. Reconocer la necesidad de descanso ayuda a sostener el servicio.

Podemos revisar si nuestra organización permite recuperar fuerzas y atender a las personas cercanas. A veces necesitamos ajustar horarios; otras, compartir tareas o abandonar una actividad que hemos asumido sin suficiente capacidad.

Los recursos económicos requieren el mismo cuidado. Debemos conocer nuestras obligaciones y administrar con claridad aquello que recibimos. Un registro sencillo puede ayudarnos a reconocer qué entra, qué sale y qué compromisos permanecen pendientes.

Romanos 13:7 llama a cumplir lo que corresponde: tributos, contribuciones, respeto y honra. La fidelidad cristiana alcanza nuestras obligaciones concretas.

La honestidad económica incluye cumplir compromisos y comunicar oportunamente las dificultades.

Si administramos recursos ajenos, nuestra responsabilidad aumenta. Debemos distinguirlos de los personales, conservar registros y ofrecer explicaciones comprensibles.

En el ministerio, las ofrendas y contribuciones necesitan una administración que pueda revisarse. Segunda de Corintios 8:20-21 muestra la preocupación de Pablo por proceder de manera honorable delante de Dios y de las personas.

La confianza se fortalece cuando existen procedimientos claros. Quien contribuye debe poder comprender el propósito de los recursos, y quien los administra debe estar dispuesto a rendir cuentas.

La generosidad también forma parte de la mayordomía. Primera de Timoteo 6:17-19 llama a quienes poseen recursos a hacer el bien, compartir y poner su esperanza en Dios.

Podemos dar según nuestras posibilidades, considerando necesidades reales. La ayuda puede expresarse mediante dinero, alimentos, tiempo, conocimientos o acompañamiento.

La generosidad busca el bien de la persona y se administra con responsabilidad.

Nuestros dones y capacidades merecen atención. Primera de Pedro 4:10 enseña a servir a otros con el don recibido, como buenos administradores de la gracia de Dios.

Una persona puede enseñar, organizar, escuchar, escribir, acompañar o resolver tareas prácticas. Estas capacidades encuentran propósito cuando contribuyen al bien del prójimo y a la edificación de la comunidad.

También necesitan desarrollo. Quien enseña debe estudiar. Quien administra debe aprender a hacerlo con claridad. Quien acompaña necesita escuchar, reconocer sus límites y saber cuándo buscar colaboración.

Desarrollar una capacidad forma parte de utilizarla fielmente.

Podemos desperdiciar un don por descuido o por temor. A veces esperamos sentirnos completamente preparados antes de comenzar. En otras ocasiones, evitamos servir porque nuestra contribución parece pequeña frente a la de otros.

La comunidad necesita aportes diferentes. Primera de Corintios 12 presenta un cuerpo con diversidad de miembros y funciones. Cada participación debe evaluarse según su utilidad y su fidelidad, sin convertir el servicio en competencia.

Podemos comenzar con una tarea concreta, recibir orientación y aprender mientras avanzamos. La disposición a colaborar permite que otros nos ayuden a reconocer dónde podemos servir mejor.

La parábola de los talentos, en Mateo 25:14-30, presenta una responsabilidad recibida y una posterior rendición de cuentas. Dentro de la enseñanza sobre la espera del Señor, llama a considerar qué hacemos con aquello que se nos ha confiado.

Esa perspectiva da seriedad al presente. Nuestras oportunidades tienen un alcance y una duración. Podemos utilizarlas para aprender, servir y anunciar a Cristo mientras están disponibles.

La fidelidad se demuestra en el uso presente de lo recibido.

También debemos revisar nuestras motivaciones. Una capacidad puede utilizarse para ayudar o para obtener reconocimiento. Podemos comenzar sirviendo y después depender de la aprobación de otros.

Colosenses 3:23 llama a trabajar de corazón como para el Señor. Esta orientación nos ayuda a conservar la sinceridad cuando una tarea es poco visible o recibe escaso reconocimiento.

El cuidado de lo pequeño prepara una vida responsable. Cumplir un horario, devolver un recurso, atender una llamada o terminar una tarea son expresiones cotidianas de fidelidad.

Hoy puedes revisar tres asuntos: una responsabilidad pendiente, un recurso que necesita orden y una capacidad que puedes poner al servicio de otros. Decide un paso posible en cada área y comienza.

La preparación para encontrarte con Cristo se expresa también en esa administración. Él merece una vida disponible, honesta y atenta a lo que ha confiado.

Utiliza tu tiempo con sabiduría, tus recursos con integridad y tus dones para servir a Jesucristo y al prójimo.

CAPÍTULO 10. Vive en santidad en una generación de presión

La identidad cristiana y las decisiones que expresan nuestra pertenencia al Señor.

La presión puede aparecer en una conversación sencilla. Alguien propone alterar un dato para obtener una ventaja. Un grupo celebra una conducta que contradice nuestras convicciones. Una oportunidad exige callar una injusticia o abandonar un límite.

En ese momento, la fe deja de ser únicamente una afirmación y se convierte en una decisión. Debemos considerar a quién obedecemos y qué estamos dispuestos a hacer.

La santidad expresa nuestra pertenencia a Dios en la manera de vivir.

Primera de Pedro 1:14-16 llama a los creyentes a vivir como hijos obedientes y a ser santos en toda su conducta. La exhortación relaciona esa vida con el carácter de Dios.

La santidad alcanza palabras, relaciones, trabajo, uso del cuerpo y administración de recursos. Se desarrolla cuando aprendemos a responder a la voluntad del Señor en cada área.

Ese crecimiento comienza con la gracia. Tito 2:11-14 presenta la gracia de Dios como una enseñanza que nos lleva a renunciar a la impiedad y vivir con sobriedad, justicia y piedad, mientras esperamos la manifestación de Jesucristo.

La gracia nos salva y nos forma para una vida diferente.

La presión de una generación puede volver familiar lo que necesita corrección. Cuando una conducta se repite ampliamente, podemos dejar de examinarla y asumir que su aceptación la hace buena.

Romanos 12:2 llama a evitar la conformidad con este mundo y a renovar el entendimiento. Esa renovación permite evaluar las ideas que hemos recibido y las prácticas que hemos normalizado.

Podemos preguntar qué estamos aprendiendo mediante nuestras conversaciones y contenidos. ¿Qué se presenta como deseable? ¿Qué se ridiculiza? ¿Qué razones se utilizan para justificar una conducta?

La repetición influye en nuestras expectativas. Por eso, necesitamos una atención que permita contrastar lo recibido con la Escritura.

La conciencia debe formarse en la verdad, aun cuando una conducta tenga aprobación social.

Vivir en santidad exige honestidad. Podemos resistir la tentación de exagerar una capacidad, ocultar una información o atribuirnos un trabajo que no realizamos. También debemos corregir lo que difundimos cuando descubrimos que era falso.

La fidelidad se demuestra cuando decir la verdad tiene un costo. Tal vez perdamos una ventaja o debamos reconocer una falta. Esas decisiones fortalecen una vida coherente.

La santidad también alcanza el uso del cuerpo y la sexualidad. Primera de Tesalonicenses 4:3-8 llama a la pureza y al respeto, y advierte contra perjudicar al prójimo en este ámbito.

El creyente necesita revisar relaciones, prácticas y contenidos según esa enseñanza. Si reconoce una conducta que contradice su compromiso con Cristo, corresponde arrepentirse y tomar medidas para abandonarla.

Nuestro cuerpo y nuestras relaciones deben tratarse con la dignidad que exige la voluntad de Dios.

La presión puede aprovechar el deseo de pertenecer. Una persona teme quedar sola, ser rechazada o perder una oportunidad. Esa necesidad merece comprensión, pero no debe gobernar toda decisión.

Daniel 1 presenta a un joven que determina conservar una convicción y busca una manera respetuosa de actuar. El relato muestra firmeza y cuidado en el trato.

Podemos explicar nuestros límites sin humillar a otros. Podemos rechazar una práctica y mantener una conversación respetuosa. La convicción cristiana necesita una conducta que la acompañe.

La mansedumbre ayuda a expresar la verdad. Primera de Pedro 3:15-16 llama a responder acerca de nuestra esperanza con mansedumbre y respeto, manteniendo una buena conciencia.

La firmeza espiritual puede expresarse mediante palabras serenas y decisiones consistentes.

También debemos reconocer las presiones interiores. Podemos desear comodidad, reconocimiento o una solución inmediata. Esos deseos pueden llevarnos a negociar una convicción incluso cuando nadie nos obliga.

Santiago 1:14-15 invita a observar cómo el deseo puede conducir al pecado. La vigilancia necesita atender lo que alimentamos antes de que se convierta en acción.

La oración permite poner esos deseos delante de Dios. Podemos reconocerlos y pedir ayuda para ordenar nuestra respuesta. También podemos buscar consejo antes de tomar una decisión importante.

Una comunidad cristiana puede fortalecer la santidad mediante enseñanza, ejemplo y acompañamiento. Hebreos 10:24-25 llama a estimularnos al amor y a las buenas obras, conservando la reunión y la exhortación mutua.

Ese estímulo debe producir responsabilidad y esperanza. Cuando alguien cae, Gálatas 6:1 llama a restaurarlo con mansedumbre, mientras quienes ayudan también se cuidan a sí mismos.

La comunidad sirve a la santidad cuando enseña la verdad y acompaña la restauración.

La santidad incluye el trato hacia personas vulnerables. Podemos conocer una doctrina correcta y actuar injustamente con quien tiene menos poder. Esa contradicción necesita atención.

Santiago 2 confronta la parcialidad que favorece al rico y humilla al pobre. La fidelidad a Dios se expresa en una dignidad que no depende de la condición social.

También debemos examinar cómo tratamos a quienes nos sirven, trabajan con nosotros o dependen de nuestras decisiones. La justicia debe alcanzar esos vínculos.

La vida santa puede requerir renunciaciones. Una oportunidad puede resultar atractiva y exigir una conducta que no debemos aceptar. Una relación puede necesitar límites. Un hábito puede ocupar un lugar que debemos abandonar.

Estas decisiones se sostienen mejor cuando conocemos el propósito de nuestra obediencia: pertenecemos a Jesucristo y deseamos vivir bajo su autoridad.

La santidad se fortalece al recordar a quién pertenecemos.

El crecimiento tendrá momentos de lucha. Quien reconoce una falta debe confesarla, recibir el perdón de Dios y atender lo

necesario para cambiar. Primera de Juan 1:9 ofrece esa esperanza de limpieza.

Podemos perseverar sin fingir que nunca enfrentamos tentación. La sinceridad permite buscar ayuda y aprender. La obediencia crece mediante decisiones repetidas y dependencia del Señor.

El regreso de Cristo da dirección a esta vida. Primera de Juan 3:2-3 relaciona la esperanza de verle con una disposición a la pureza. La expectativa futura produce una respuesta presente.

Hoy puedes identificar un área donde la presión está debilitando tu fidelidad. Examina la conducta, recuerda la enseñanza bíblica y decide cómo responder. Busca apoyo si lo necesitas.

Vive preparado para encontrarte con Cristo: conserva la verdad, cuida tu conducta y permite que su gracia forme una vida de santidad.

CAPÍTULO 11. Permanece firme cuando llegan las pruebas

La perseverancia sostenida por la gracia y la fidelidad de Dios.

Una prueba puede comenzar con una noticia que cambia nuestros planes. Una pérdida, una dificultad familiar, una puerta que se cierra o una responsabilidad inesperada puede hacer que el futuro parezca incierto.

En esos momentos, las convicciones que hemos expresado necesitan sostener nuestra respuesta. Podemos conocer versículos acerca de la confianza y descubrir que necesitamos aprender a vivirlos en medio del dolor.

La perseverancia consiste en continuar confiando en Jesucristo y respondiendo a su voluntad durante la dificultad.

Jesús habló con claridad acerca de las aflicciones que sus discípulos enfrentarían. En Juan 16:33 les ofreció paz en él y afirmó su victoria sobre el mundo. Esa promesa permite comprender que la confianza cristiana puede permanecer dentro de circunstancias dolorosas.

La prueba no debe interpretarse automáticamente como una señal de abandono divino. La Escritura presenta creyentes que atravesaron sufrimiento mientras permanecían fieles al Señor.

También necesitamos examinar cada situación con cuidado. Algunas dificultades surgen de decisiones propias; otras, de acciones ajenas o de circunstancias que no controlamos. Comprender su origen puede ayudarnos a reconocer qué responsabilidad debemos asumir y qué ayuda necesitamos.

Discernir una prueba incluye atender sus causas y responder a lo que está en nuestras manos.

Si incumplimos un compromiso, corresponde reconocerlo y buscar una solución. Si alguien nos perjudicó, necesitamos protección, orientación y una respuesta responsable. Si enfrentamos una pérdida inevitable, podemos recibir acompañamiento mientras aprendemos a vivir con ella.

La fe permite acudir a Dios con sinceridad. Los salmos contienen preguntas, lágrimas y expresiones de angustia. Esa oración muestra que podemos presentar nuestro dolor sin fingir tranquilidad.

El Salmo 13 comienza con preguntas acerca de la duración del sufrimiento y termina expresando confianza en la misericordia del Señor. El movimiento de esa oración nos enseña a llevar nuestra experiencia delante de Dios.

La confianza puede expresarse mediante una oración que reconoce el dolor y busca al Señor.

Santiago 1:2-4 relaciona la prueba de la fe con la paciencia y el crecimiento. El pasaje invita a considerar lo que puede formarse mientras perseveramos.

Podemos aprender a esperar, revisar prioridades y reconocer nuestra dependencia. Una dificultad puede mostrar que necesitamos escuchar mejor, aceptar ayuda o abandonar una confianza excesiva en nuestras fuerzas.

Ese aprendizaje requiere tiempo. No corresponde presionar a una persona para que explique inmediatamente qué enseñanza obtuvo de una pérdida. El acompañamiento debe respetar el proceso y ofrecer presencia.

Romanos 12:15 llama a llorar con quienes lloran. A veces, el servicio más necesario consiste en escuchar, permanecer cerca y ayudar con una tarea concreta.

La comunidad fortalece la perseverancia cuando comparte las cargas con amor.

Gálatas 6:2 llama a llevar las cargas unos de otros. Esta responsabilidad puede expresarse en una conversación, una visita, una comida o una ayuda que permita atender una necesidad.

Quien atraviesa una prueba también puede aprender a pedir apoyo. El aislamiento puede hacer más difícil reconocer opciones y sostener decisiones. Una persona confiable puede ayudarnos a ordenar lo que estamos viviendo.

La ayuda debe conservar la dignidad. Podemos acompañar sin tomar control de la vida del otro, escuchar sin convertir su historia en información pública y ofrecer apoyo sin exigir ventajas.

La prueba también puede producir tentaciones. La frustración puede llevarnos a responder con dureza, abandonar compromisos o buscar alivio mediante conductas que causan un daño mayor.

Necesitamos reconocer esos momentos y atenderlos pronto. Podemos apartarnos de una conversación que está escalando, pedir compañía o revisar una decisión antes de actuar.

El dolor necesita cuidado; nuestras respuestas siguen teniendo consecuencias.

Hebreos 12:1-3 llama a correr con paciencia y mantener la mirada en Jesús. El pasaje dirige la atención hacia el Salvador y su perseverancia.

Esa mirada puede ayudarnos a recuperar dirección. En lugar de intentar resolver toda la vida de una vez, podemos preguntar qué paso fiel corresponde hoy.

Tal vez sea cumplir una tarea necesaria, descansar, hablar con alguien o retomar una práctica de oración. Las decisiones pequeñas pueden sostenernos mientras enfrentamos una situación más amplia.

También debemos evitar compromisos tomados únicamente bajo presión. Una dificultad intensa puede hacer atractiva una promesa que ofrece una solución inmediata. Conviene revisar sus condiciones, buscar consejo y reconocer lo que todavía no comprendemos.

La prudencia forma parte de una respuesta de fe. Podemos pedir a Dios sabiduría y utilizar las ayudas disponibles para comprender mejor.

Santiago 1:5 invita a pedir sabiduría al Señor. Esta petición expresa nuestra necesidad de orientación para actuar.

Perseverar incluye buscar sabiduría antes de tomar decisiones importantes.

La espera puede ser especialmente difícil cuando hemos orado durante mucho tiempo. Podemos sentir cansancio y preguntarnos cómo continuar.

Segunda de Corintios 12:7-10 presenta a Pablo pidiendo que una aflicción sea apartada y recibiendo una respuesta acerca de la suficiencia de la gracia de Dios. El pasaje muestra que el sostén del Señor puede hacerse presente aun cuando la dificultad continúa.

Podemos seguir pidiendo ayuda y, al mismo tiempo, buscar la gracia necesaria para vivir el día presente. La oración puede incluir ambas cosas.

La perseverancia tampoco exige que ocultemos nuestro agotamiento. Reconocerlo permite revisar responsabilidades y recibir cuidado. Una persona puede necesitar reducir una carga, compartir una tarea o buscar atención apropiada.

En el ministerio, esta honestidad tiene valor. Los líderes también atraviesan pérdidas y cansancio. Necesitan relaciones donde puedan expresar su situación y recibir apoyo.

La fidelidad se fortalece cuando aceptamos nuestra necesidad de cuidado.

La lucha espiritual debe vivirse en dependencia del Señor. Efesios 6:10-18 llama a permanecer firmes mediante la verdad, la justicia, la fe, la Palabra y la oración.

Podemos resistir las acusaciones que buscan alejarnos de Cristo y reconocer que su gracia sigue disponible. También debemos mantener la responsabilidad de actuar con verdad y cuidar a quienes están cerca.

Nuestra esperanza alcanza más allá de la situación actual. Romanos 8:18 presenta los sufrimientos presentes a la luz de la gloria venidera. Esa perspectiva afirma un futuro en Dios sin eliminar la importancia del dolor que vivimos hoy.

El Señor merece nuestra confianza, y su pueblo está llamado a acompañarse mientras espera.

Si estás atravesando una prueba, comienza por reconocer lo que necesitas. Acude a Cristo, busca ayuda responsable y atiende el siguiente paso posible. Permite que otros caminen contigo.

Permanece firme: la gracia de Jesucristo puede sostener tu fe mientras aprendes a responder, esperar y continuar.

CAPÍTULO 12. Anuncia a Cristo mientras tienes oportunidad

El llamado a compartir la salvación mediante palabras y servicio.

Una persona puede estar cerca de nosotros durante años y seguir sin comprender el Evangelio. Compartimos conversaciones, trabajo o actividades, pero nunca hemos explicado con claridad por qué necesitamos a Jesucristo.

A veces esperamos una ocasión extraordinaria. Otras veces evitamos hablar porque tenemos una pregunta que no podremos responder. Mientras tanto, las oportunidades cotidianas pasan.

Anunciar a Cristo comienza con la disposición a compartir lo que hemos recibido de él.

Jesús ordenó hacer discípulos de todas las naciones, bautizándolos y enseñándoles a guardar lo que había mandado (Mateo 28:18-20). El mandato incluye anuncio, formación y acompañamiento.

La misión puede comenzar en nuestro entorno: la familia, el trabajo, el vecindario y las relaciones que ya tenemos. También puede extenderse mediante viajes, colaboración y medios de comunicación.

Cada persona necesita un mensaje comprensible y un trato digno. La disposición a escuchar ayuda a conocer sus preguntas y a explicar el Evangelio de una manera pertinente.

El amor al prójimo orienta tanto nuestras palabras como la forma de acercarnos.

El contenido del Evangelio debe conservar claridad. Primera de Corintios 15:1-4 presenta la muerte de Cristo por nuestros pecados y su resurrección. Juan 3:16 anuncia el amor de Dios al dar a su Hijo y la promesa de vida eterna para quien cree en él.

Podemos explicar que el pecado afecta nuestra relación con Dios, que Jesucristo realizó la obra necesaria para nuestra reconciliación y que somos llamados a responder con arrepentimiento y fe.

La salvación es por gracia, mediante la fe (Efesios 2:8-10). Esa verdad debe acompañar la invitación y evitar que presentemos el favor de Dios como una compra o una recompensa por impresionar a otros.

La confianza del que escucha debe dirigirse hacia Jesucristo y su obra salvadora.

Nuestro testimonio puede ayudar a explicar esa verdad. Podemos hablar de cómo reconocimos nuestra necesidad, acudimos al Señor y comenzamos a aprender a seguirle.

La sinceridad requiere respetar lo que ocurrió. No debemos exagerar una experiencia ni atribuirnos cambios que todavía necesitamos desarrollar. Un testimonio honesto puede incluir el reconocimiento de que seguimos creciendo por la gracia de Dios.

La conducta también importa. Si hablamos de verdad y actuamos con engaño, afectamos la credibilidad del mensaje. Si anunciamos amor y tratamos con desprecio, creamos una dificultad que debemos corregir.

Primera de Pedro 3:15-16 llama a dar razón de nuestra esperanza con mansedumbre y respeto, manteniendo una buena conciencia.

La explicación del Evangelio debe acompañarse de una vida que acepta su corrección.

Podemos comenzar una conversación escuchando. Tal vez alguien atraviesa una pérdida, expresa una pregunta o comparte una preocupación. Nuestra primera responsabilidad puede ser comprender lo que está diciendo.

Después podemos ofrecer una palabra apropiada y preguntar si desea conversar acerca de nuestra fe. El respeto permite reconocer su respuesta y evitar una presión indebida.

La claridad no necesita dureza. Podemos afirmar nuestras convicciones y explicar el llamado al arrepentimiento mientras tratamos a la persona con consideración.

Cuando aparece una pregunta que no sabemos responder, conviene decirlo. Podemos investigar y retomar la conversación. Esa honestidad protege la confianza.

Reconocer un límite puede abrir una oportunidad para aprender y seguir acompañando.

El servicio ofrece ocasiones para expresar el amor de Cristo. Una visita, una ayuda práctica o una conversación paciente pueden atender necesidades reales.

Ese cuidado debe darse con sinceridad. La ayuda no debe convertirse en una condición que obligue a la persona a escuchar o aceptar nuestras creencias. Podemos servir y, cuando exista oportunidad, explicar la esperanza que orienta nuestro servicio.

Santiago 2:15-17 relaciona la fe con una respuesta concreta ante la necesidad. La comunidad cristiana está llamada a poner su amor en acción.

También necesitamos orar. Podemos pedir al Señor oportunidades, sabiduría y claridad. Colosenses 4:2-6 reúne la oración con la petición de una puerta para anunciar la Palabra y una conducta sabia hacia quienes están fuera de la comunidad.

La oración dispone nuestro corazón y recuerda nuestra dependencia. El anuncio requiere palabras y acciones, mientras reconocemos que la respuesta de la persona no está bajo nuestro control.

Nuestra responsabilidad es servir y anunciar fielmente; debemos respetar la respuesta de quien escucha.

El discipulado comienza cuando alguien desea conocer más. Podemos ofrecer una lectura bíblica, responder preguntas y ayudarle a encontrar una comunidad que enseñe con fidelidad.

Una decisión expresada necesita acompañamiento. La persona puede requerir ayuda para comprender la oración, el bautismo y los primeros pasos de una vida cristiana.

Conviene mantener la relación y permitir que siga preguntando. La formación necesita tiempo y una enseñanza que pueda aplicarse.

En la comunidad, distintos miembros pueden colaborar. Uno inicia la conversación, otro enseña y otro acompaña una necesidad. Primera de Corintios 3:5-9 describe labores diferentes y reconoce a Dios como quien da el crecimiento.

La misión se fortalece cuando aprendemos a colaborar bajo el señorío de Cristo.

Los medios digitales pueden ampliar las oportunidades. Podemos compartir un mensaje, una lectura o una enseñanza. Debemos considerar si el contenido es claro, verdadero y adecuado para la persona.

La publicación también requiere responsabilidad. Una historia privada necesita consentimiento antes de difundirse. Una afirmación debe comprobarse. Un material compartido debe conservar su contexto.

El alcance de una publicación no permite conocer automáticamente su fruto. Podemos utilizar la información disponible para mejorar, mientras mantenemos atención a las personas que responden.

A veces, una conversación con alguien que necesita ayuda tendrá mayor importancia que una actividad muy visible. El servicio fiel reconoce el valor de esa persona.

La urgencia del Evangelio debe motivarnos a actuar. Nuestra vida es limitada y las oportunidades cambian. Podemos dar hoy un paso que llevamos tiempo aplazando.

Quizá sea hablar con un familiar, visitar a alguien o invitar a una persona a leer un pasaje bíblico. Prepara una explicación sencilla del Evangelio y mantén disposición para escuchar.

Mientras tienes oportunidad, anuncia a Jesucristo con claridad, sirve con amor y acompaña a quienes desean aprender a seguirle.

CAPÍTULO 13. Vive preparado para rendir cuentas

La responsabilidad de nuestra vida delante de Jesucristo.

Cuando una persona recibe una responsabilidad, también recibe algo que deberá explicar. Puede tratarse de recursos, una tarea, el cuidado de otros o una oportunidad de servicio. La confianza depositada en ella merece una respuesta fiel.

La Escritura presenta nuestra vida delante de Dios con esa seriedad. Lo que hacemos importa. Nuestras decisiones afectan a otras personas y expresan cómo respondemos a lo que hemos recibido.

Vivir preparados para encontrarnos con Cristo incluye reconocer que rendiremos cuentas delante de él.

Segunda de Corintios 5:10 afirma que debemos comparecer ante el tribunal de Cristo y relaciona esa comparecencia con lo realizado durante nuestra vida. En el contexto, Pablo expresa su deseo de agradar al Señor (2 Corintios 5:9).

La expectativa de ese encuentro orienta el presente. Podemos preguntarnos si nuestras decisiones honran a Cristo y si estamos atendiendo las responsabilidades que nos corresponden.

Romanos 14:10-12 también enseña que cada uno dará cuenta de sí a Dios. El pasaje confronta el desprecio y el juicio entre hermanos. Recordar nuestra propia responsabilidad debe producir humildad en el trato hacia otros.

La rendición de cuentas comienza por examinar nuestra vida, antes de ocuparnos continuamente de la ajena.

Esta enseñanza necesita mantenerse unida al Evangelio. Nuestra salvación descansa en la gracia de Dios por medio de la fe en Jesucristo. Efesios 2:8-10 afirma ese fundamento y presenta las buenas obras como parte de la vida para la que hemos sido creados en Cristo.

La responsabilidad cristiana nace de nuestra relación con el Salvador. Su gracia produce una disposición a obedecer, servir y corregir lo que necesita atención.

Podemos acercarnos a Dios con esperanza y, al mismo tiempo, tomar en serio nuestras decisiones. La confianza en Cristo fortalece una obediencia agradecida.

La gracia recibida debe expresarse en una vida que responde fielmente.

Primera de Corintios 3:10-15 presenta la imagen de una construcción cuyo fundamento es Jesucristo. La obra de cada uno será puesta a prueba. En su contexto, Pablo está tratando la edificación de la comunidad y la responsabilidad de quienes participan en ella.

El pasaje llama a considerar cómo edificamos. Una actividad puede parecer impresionante y necesitar revisión en su contenido, sus métodos o sus motivaciones.

Quien enseña debe atender la fidelidad de lo que anuncia. Quien dirige necesita examinar cómo trata a las personas. Quien administra debe considerar si su trabajo puede revisarse con claridad.

La apariencia de éxito no resuelve esas preguntas. La evaluación delante de Dios alcanza lo que realmente estamos construyendo.

La calidad de nuestro servicio necesita medirse por su fidelidad a Jesucristo.

También importan las motivaciones. Primera de Corintios 4:5 afirma que el Señor manifestará las intenciones de los corazones. Este recordatorio nos invita a revisar por qué hacemos lo que hacemos.

Podemos servir buscando el bien de otros o esperando reconocimiento. Podemos mantener una actividad porque contribuye a la misión o porque protege una imagen personal.

Las motivaciones pueden mezclarse. Por eso, necesitamos oración y sinceridad para reconocer lo que está creciendo dentro de nosotros.

Podemos pedir al Señor que ordene nuestros deseos y nos ayude a servir aun cuando nadie nos observe. Una tarea discreta puede revelar si nuestra disposición depende de la aprobación.

Jesús enseñó a evitar que la ayuda, la oración y el ayuno se conviertan en exhibiciones destinadas a obtener reconocimiento (Mateo 6:1-18).

El servicio sincero conserva su valor delante de Dios cuando permanece oculto a los demás.

La rendición de cuentas también alcanza el uso de la autoridad. Una persona puede tener capacidad para decidir sobre horarios, recursos o funciones. Debe considerar cómo afectan esas decisiones a quienes dependen de ella.

Si hemos actuado injustamente, necesitamos reconocerlo. Si una decisión produjo daño, debemos escuchar y buscar una reparación apropiada. La función que desempeñamos aumenta nuestra responsabilidad de cuidar.

Santiago 3:1 advierte acerca de la responsabilidad de los maestros. Enseñar a otros requiere atención al contenido y disposición para recibir corrección.

La misma seriedad debe acompañar nuestras palabras. Podemos influir mediante una conversación, una publicación o una instrucción. Antes de hablar, conviene considerar si sabemos que lo afirmado es verdadero y si entendemos sus posibles consecuencias.

La influencia recibida exige mayor cuidado, claridad y humildad.

Hay responsabilidades que hemos dejado pendientes. Una deuda, un recurso ajeno, una promesa o una información falsa pueden requerir atención.

La expectativa de encontrarnos con Cristo debe movernos a actuar mientras podemos hacerlo. Podemos identificar el asunto, hablar con quienes corresponde y establecer un paso concreto.

Algunas reparaciones necesitan tiempo. Una deuda puede requerir un acuerdo; una confianza quebrada, una conducta sostenida. Lo importante es comenzar a responder con honestidad.

También debemos reconocer que no controlamos todos los resultados. Podemos cumplir nuestra parte y respetar la respuesta de otros. Rendir cuentas de nuestra conducta incluye distinguirla de aquello que no podemos decidir.

La memoria de una falta puede producir vergüenza. En ese momento, necesitamos acudir a Cristo y atender lo que todavía requiere corrección. Primera de Juan 1:9 anuncia el perdón y la limpieza para quienes confiesan sus pecados.

La esperanza del perdón permite asumir responsabilidad sin quedar atrapados en la autocondena.

Quien ha caído puede buscar restauración. La gracia del Señor sostiene una respuesta que reconoce, aprende y cambia. El

arrepentimiento necesita expresarse en decisiones, y esas decisiones pueden comenzar hoy.

También podemos reconocer lo que ha sido fiel. Una persona ha cuidado durante años a un familiar. Otra ha enseñado con paciencia. Alguien ha mantenido su honestidad en circunstancias difíciles. Estas acciones merecen gratitud delante de Dios.

Hebreos 6:10 recuerda que Dios no olvida el trabajo y el amor mostrado en el servicio a los santos. Esa promesa fortalece a quienes sirven sin recibir mucho reconocimiento.

Dios conoce el amor expresado mediante un servicio perseverante.

La rendición de cuentas puede ayudarnos a ordenar prioridades. Algunas actividades ocupan mucho espacio y producen poco bien. Otras necesitan nuestra atención porque afectan directamente a personas confiadas a nuestro cuidado.

Podemos revisar qué debemos continuar, qué necesita cambio y qué corresponde dejar. La fidelidad exige esa disposición a ajustar el rumbo.

Hoy considera una responsabilidad que no has atendido. Pregunta qué paso puedes dar y qué ayuda necesitas. Después actúa con claridad.

Vivir preparados significa conservar una conciencia dispuesta a recibir la verdad, cumplir compromisos y servir bajo la autoridad del Señor.

Camina de manera que puedas presentar tu vida delante de Jesucristo con una confianza fundada en su gracia y una disposición sincera a haberle obedecido.

CAPÍTULO 14. Espera al Señor con vigilancia y esperanza

Una vida activa de fe ante la promesa de su
regreso.

Esperar puede significar cosas diferentes. Una persona puede abandonar sus responsabilidades mientras observa el paso del tiempo. Otra puede continuar preparándose y atender con cuidado lo que tiene delante.

La espera cristiana tiene una dirección concreta. Jesucristo prometió volver, y sus discípulos están llamados a vivir de una manera coherente con esa esperanza.

Esperar al Señor incluye vigilancia, servicio y perseverancia.

En Juan 14:1-3, Jesús ofrece consuelo a sus discípulos y les anuncia que volverá para recibirlos consigo. La promesa se dirige a personas que pronto enfrentarían incertidumbre y dolor.

El fundamento de su esperanza es la fidelidad de quien habla. Podemos confiar en Jesucristo mientras continuamos atendiendo las responsabilidades del presente.

Su regreso no debe convertirse en una afirmación que repetimos sin considerar sus consecuencias. Si esperamos encontrarnos con él, corresponde examinar cómo vivimos, a quién servimos y qué estamos postergando.

Jesús llamó a velar porque sus discípulos no conocen la hora de su venida (Mateo 24:42-44). Esa enseñanza nos dispone a permanecer preparados.

La vigilancia consiste en mantener una vida atenta a la voluntad del Señor.

Podemos estar informados acerca de muchos acontecimientos y descuidar nuestra conducta. Podemos estudiar señales mientras dejamos crecer una mentira, una injusticia o un conflicto que debemos atender.

La preparación necesita alcanzar esas decisiones. La oración, la Palabra y la comunión ayudan a conservar una conciencia sensible a la verdad.

Mateo 24:45-46 presenta al siervo fiel que atiende la tarea recibida y es encontrado haciéndola cuando llega su señor. La imagen relaciona la espera con un servicio que continúa.

Podemos esperar a Cristo mientras cuidamos a la familia, cumplimos el trabajo y acompañamos a quienes necesitan ayuda. La fidelidad se expresa en esas responsabilidades.

El Señor debe encontrar en marcha el servicio que nos ha confiado.

Segunda de Pedro 3:11-14 relaciona la expectativa de los acontecimientos venideros con una conducta santa y piadosa. La esperanza del futuro produce una respuesta moral en el presente.

El mismo capítulo trata la paciencia del Señor y llama a considerar su relación con la salvación. Esta enseñanza nos ayuda a mantener una disposición misionera.

Mientras tenemos oportunidad, podemos anunciar el Evangelio y acompañar a quienes desean conocerlo. La espera debe fortalecer nuestro interés por las personas.

Tal vez alguien cercano necesita una conversación clara acerca de Cristo. Podemos escuchar sus preguntas, explicar nuestra esperanza y ofrecer un camino de aprendizaje.

Esperar al Señor incluye procurar que otros conozcan su salvación.

La vigilancia también requiere perseverancia cuando el tiempo parece prolongarse. Podemos sentir que una responsabilidad tarda demasiado, que una oración sigue sin respuesta o que los cambios del mundo aumentan la dificultad.

Hebreos 10:23 llama a mantener firme la esperanza porque fiel es quien prometió. Los versículos siguientes orientan a estimularnos al amor y a las buenas obras, conservando la reunión y la exhortación mutua.

La comunidad ayuda a sostener esa espera. Podemos recordar juntos las promesas, orar y atender necesidades. Una persona cansada puede recibir ánimo mediante la presencia de otros.

La esperanza se fortalece cuando la comunidad la expresa mediante amor y ayuda.

También necesitamos cuidar nuestra respuesta a las noticias. Un acontecimiento puede provocar inquietud y llevarnos a buscar explicaciones inmediatas. Conviene revisar la información y evitar conclusiones que no podamos sostener.

Mateo 24:36 afirma que el día y la hora no son conocidos por nosotros. Esa enseñanza debe permanecer presente cuando escuchamos cálculos o anuncios de fechas.

Podemos estudiar la profecía con seriedad y reconocer los límites de nuestra interpretación. La fidelidad a la Escritura exige distinguir sus afirmaciones de nuestras propuestas.

Una noticia inquietante no debe gobernar todas nuestras decisiones. Podemos investigar lo necesario y volver a atender el servicio que corresponde.

La vigilancia necesita verdad, sobriedad y continuidad en la obediencia.

La esperanza del regreso de Cristo también acompaña el duelo. Primera de Tesalonicenses 4:13-18 presenta consuelo acerca de quienes han muerto en Cristo y dirige la atención hacia la reunión con el Señor.

La enseñanza reconoce el dolor y ofrece una esperanza que lo acompaña. Podemos llorar una pérdida y conservar la confianza en la fidelidad de Dios.

Esta promesa debe enseñarse con sensibilidad. Quien está afligido necesita escucha, compañía y tiempo. El consuelo bíblico puede compartirse de una manera que respete su experiencia.

La esperanza eterna también ayuda a revisar nuestras prioridades. Podemos descubrir que hemos dedicado demasiado esfuerzo a una aprobación pasajera y poca atención a una relación importante.

Colosenses 3:1-4 llama a orientar nuestra vida hacia Cristo y relaciona su manifestación con la esperanza de los creyentes. Esa perspectiva permite evaluar qué lugar damos a las cosas presentes.

La eternidad nos ayuda a considerar el valor de nuestras decisiones actuales.

Podemos trabajar, planificar y desarrollar proyectos mientras esperamos al Señor. La preparación cristiana necesita responsabilidad. Santiago 4:13-15 enseña a reconocer nuestra dependencia de Dios al hacer planes.

Esa humildad nos dispone a ajustar lo necesario. Podemos avanzar con diligencia y mantener una voluntad abierta a la dirección del Señor.

También debemos cultivar gratitud. La espera puede llenarse de inquietud si solo observamos lo que falta. Podemos reconocer el cuidado recibido, el fruto que está creciendo y las oportunidades que todavía tenemos.

La gratitud no elimina las dificultades, pero ayuda a recordar que nuestra vida sigue teniendo espacios de servicio y gracia.

Si has perdido el ánimo, vuelve a la promesa de Jesucristo. Busca una comunidad que te acompañe. Retoma una responsabilidad posible y permite que la esperanza dé dirección a tu día.

Si has convertido la espera en una preocupación constante, revisa lo que estás alimentando. Dedicar atención a la Palabra, la oración y las personas que necesitan tu cuidado.

Espera a Jesucristo con una fe activa: permanece vigilante, sirve con amor y conserva la esperanza en su regreso.

CAPÍTULO 15. Decide hoy: camina preparado para encontrarte con Cristo

Una respuesta personal de arrepentimiento,
obediencia y perseverancia.

Llegar al final de una lectura puede producir satisfacción. Hemos comprendido ideas, reconocido necesidades y considerado decisiones. Sin embargo, todavía queda una pregunta: ¿qué haremos con lo aprendido?

Podemos cerrar el libro y regresar a las mismas costumbres. También podemos detenernos delante de Dios y comenzar a responder.

La preparación espiritual avanza cuando la verdad recibida se convierte en una decisión obediente.

A lo largo de estas páginas hemos considerado la necesidad de despertar, nacer de nuevo y volver a Dios. También hemos examinado el pecado, la oración, las relaciones, la familia, la administración y el servicio.

Ahora corresponde atender nuestra situación concreta. Quizá un capítulo mostró una responsabilidad que habíamos evitado. Tal vez reconocimos una conducta que necesitamos abandonar o una relación que merece cuidado.

La respuesta comienza por reconocerlo con sinceridad.

Santiago 1:22 llama a ser hacedores de la Palabra. Esa exhortación confronta la posibilidad de escuchar sin actuar. Podemos conocer una enseñanza y mantenerla separada de nuestras decisiones.

Recibir la Palabra implica permitir que gobierne nuestra conducta.

El fundamento de toda respuesta es Jesucristo. Si todavía no has puesto tu confianza en él, comienza por comprender y recibir su Evangelio. Reconoce tu pecado y vuelve a Dios con arrepentimiento y fe.

Cristo murió por nuestros pecados y resucitó. Su obra ofrece el fundamento de nuestra reconciliación con Dios (1 Corintios 15:3-4). La salvación procede de su gracia y se recibe mediante la fe (Efesios 2:8-10).

Puedes acudir al Señor con tus propias palabras y expresar tu necesidad. Después busca una comunidad que enseñe fielmente la Biblia y te acompañe en el aprendizaje.

La preparación para encontrarte con Cristo comienza con una relación de fe con el Salvador.

Si ya has comenzado ese camino, considera dónde necesitas responder hoy. Puede ser una falta que debes confesar, una responsabilidad que has postergado o una decisión que necesita revisión.

La sinceridad requiere pasar de una intención general a un paso concreto. Si reconoces una mentira, considera cómo corregirla. Si descuidas a alguien, reserva tiempo para escucharlo. Si mantienes una conducta que contradice la voluntad de Dios, identifica qué debes abandonar y qué ayuda necesitas.

Algunas acciones pueden comenzar de inmediato. Otras requieren preparación para evitar nuevos daños. Una conversación difícil puede necesitar orientación; una restitución puede requerir un acuerdo.

La responsabilidad consiste en dar el paso apropiado y continuar.

Decidir hoy significa comenzar a obedecer con claridad y buen juicio.

También debes reconocer lo que no controlas. Puedes pedir perdón y cambiar tu conducta, pero la recuperación de la confianza puede necesitar tiempo. Puedes ofrecer ayuda sin imponer la manera en que será recibida.

La fidelidad incluye respetar esos límites. Cuando intentamos controlar todas las respuestas, podemos añadir presión a las personas que queremos atender.

Romanos 12:18 llama a procurar la paz en cuanto dependa de nosotros. Esa disposición permite asumir nuestra parte y dejar espacio para las decisiones ajenas.

La perseverancia necesita fundamentos diarios. La oración y la Escritura mantienen nuestra atención en el Señor. La comunidad ofrece enseñanza, compañía y corrección.

Puedes establecer un momento posible para leer la Biblia y orar. Comienza con una práctica que puedas sostener y permite que crezca. La constancia se desarrolla mediante decisiones repetidas.

Una vida preparada necesita hábitos que fortalezcan la fe y la obediencia.

El aislamiento puede dificultar ese crecimiento. Hay luchas que hemos intentado resolver solos y que necesitan acompañamiento. Buscar ayuda responsable puede abrir un camino que antes no veíamos.

Una persona confiable puede ayudarnos a ordenar una situación, reconocer excusas y mantener compromisos. Ese acompañamiento debe tener una finalidad de restauración y respetar la dignidad.

Hebreos 10:24-25 llama a estimularnos al amor y a las buenas obras. La comunidad sirve cuando anima una respuesta concreta y permanece cerca durante el proceso.

También necesitamos aprender a retomar el camino después de una caída. Confesar pronto, revisar lo ocurrido y ajustar lo necesario puede impedir que una falta se convierta en una etapa prolongada de ocultamiento.

Primera de Juan 1:9 ofrece esperanza de perdón y limpieza para quienes confiesan. Esa promesa nos permite volver al Señor con sinceridad.

La gracia de Cristo sostiene una vida que recibe corrección y continúa aprendiendo a obedecer.

La preparación alcanza nuestras responsabilidades cercanas. Podemos revisar qué necesita nuestra familia, qué compromiso debemos cumplir y cómo administramos los recursos.

Una decisión pendiente puede afectar a otras personas más de lo que imaginamos. Comunicar con claridad y asumir nuestra parte contribuye a ordenar la vida.

También conviene reconocer oportunidades de servicio. Tal vez alguien necesita compañía, una explicación del Evangelio o una ayuda práctica. Podemos comenzar por una persona y una acción posible.

La misión permanece delante de nosotros. Jesucristo ordenó hacer discípulos y enseñarles a guardar lo que había mandado (Mateo 28:18-20).

Mientras tenemos oportunidad, podemos servir y anunciar la salvación.

El regreso del Señor da esperanza a este camino. Jesús llamó a estar preparados y presentó al siervo fiel que continúa atendiendo la tarea recibida (Mateo 24:44-46).

La preparación puede expresarse hoy mediante un compromiso cumplido, una oración sincera, una conducta corregida o una persona acompañada. Esas decisiones forman una vida disponible para Cristo.

También podemos revisar nuestras motivaciones. ¿Buscamos obedecer al Señor o conservar una imagen? ¿Deseamos reparar un daño o solamente aliviar nuestra incomodidad? ¿Servimos con amor o esperamos una ventaja?

La oración del Salmo 139:23-24 nos invita a pedir que Dios examine el corazón y guíe nuestro camino. Esa disposición debe acompañarnos más allá de esta lectura.

Una conciencia abierta a la verdad puede seguir creciendo durante toda la vida.

No necesitas esperar a comprender cada pregunta sobre el futuro para atender una responsabilidad que ya conoces. Puedes reconocer los límites de tu conocimiento y mantener una obediencia firme.

La sabiduría consiste en recibir la luz que tenemos y responder a ella. Si un asunto todavía necesita estudio, podemos investigarlo. Si una conducta exige corrección, debemos actuar.

Al terminar este libro, identifica una decisión que no debes seguir aplazando. Ponla delante de Dios. Considera el primer paso, busca ayuda si corresponde y comienza.

Después continúa mañana. La perseverancia se forma al volver una y otra vez a la verdad, recibir la gracia y sostener la obediencia.

Decide hoy: confía en Jesucristo, responde a su Palabra y camina preparado para encontrarte con él.

CONCLUSIÓN

El tiempo que tenemos merece una respuesta fiel. Nuestra vida es limitada, nuestras decisiones afectan a otros y Jesucristo nos llama a seguirle.

Este libro ha dirigido la atención hacia esa respuesta personal. Hemos considerado la necesidad de despertar, recibir el Evangelio, arrepentirnos y examinar nuestra conducta. También hemos estudiado responsabilidades que alcanzan la familia, las relaciones, los recursos y el servicio.

La preparación para encontrarnos con Cristo debe expresarse en la vida que llevamos hoy.

La salvación descansa en la gracia de Dios por medio de la fe. Desde ese fundamento podemos recibir corrección, abandonar el pecado y aprender a obedecer. Quien reconoce su necesidad encuentra en Jesucristo un Salvador suficiente.

Algunas decisiones producirán cambios inmediatos. Otras abrirán procesos de restauración que requieren tiempo. En ambos casos necesitamos sinceridad, paciencia y perseverancia.

Podemos pedir perdón, asumir compromisos y cuidar mejor a quienes están cerca. Podemos recuperar la oración, estudiar la Palabra y buscar una comunidad que nos acompañe. Podemos utilizar nuestras capacidades para servir y anunciar el Evangelio.

La verdad recibida tiene fruto cuando orienta nuestras decisiones.

Si una parte de este libro mostró algo que has estado evitando, atiéndelo. Reconoce el asunto delante de Dios y busca una respuesta concreta. La lectura puede convertirse en el comienzo de un cambio necesario.

También conserva la esperanza. Jesucristo prometió volver. Su fidelidad sostiene a quienes esperan y perseveran. Podemos continuar sirviendo mientras confiamos en esa promesa.

El cuarto libro de esta serie, **CUANDO VENGA EL REY**, desarrollará la esperanza del encuentro con Cristo, las recompensas, el Reino y la eternidad.

Que esa expectativa dé dirección a tus días. Que puedas vivir con una conciencia dispuesta a escuchar, unas manos disponibles para servir y un corazón que permanece en el Salvador.

Busca al Señor, ordena lo que te corresponde y aprovecha la oportunidad de vivir para Jesucristo.

BIBLIOGRAFÍA Y PASAJES DE ESTUDIO

Fuente bíblica principal

Biblia Reina-Valera 1909. Texto de dominio público. Las citas directas conservan su redacción, con actualización de tildes antiguas cuando corresponde. Las explicaciones y aplicaciones deben examinarse mediante la lectura completa de los pasajes.

Despertar y responder a Dios

Romanos 13:11-14; Santiago 4:13-17; Hebreos 3:7-15; Mateo 24:42-46.

Salvación y nuevo nacimiento

Juan 3:1-21; Juan 6:37; Romanos 3:23; 1 Corintios 15:1-4; Efesios 2:8-10; 1 Juan 1:8-2:6.

Arrepentimiento y restauración

Salmo 51; Proverbios 28:13; Lucas 15:11-24; Lucas 19:1-10; 2 Corintios 7:8-11; Juan 21:15-19.

Examen personal y abandono del pecado

Salmo 139:23-24; Mateo 7:1-5; Romanos 6:1-14; Romanos 12:1-2; 1 Corintios 10:13; 2 Corintios 13:5; 2 Timoteo 2:22.

Oración, Palabra y comunidad

Salmo 1; Mateo 6:5-13; Mateo 26:39-41; Lucas 18:1-8; Hechos 2:42; Romanos 8:26-27; 2 Timoteo 3:16-17; Santiago 1:22-25.

Perdón, reconciliación y familia

Mateo 18:15-17; Romanos 12:17-21; Efesios 4:29-32; Efesios 6:1-4; Colosenses 3:19; 1 Timoteo 5:8; Santiago 1:19.

Mayordomía, santidad y perseverancia

Mateo 25:14-30; 1 Corintios 4:2; 2 Corintios 8:20-21; Efesios 5:15-17; Tito 2:11-14; 1 Pedro 1:14-16; 1 Pedro 4:10; Hebreos 12:1-3.

Misión, rendición de cuentas y esperanza

Mateo 28:18-20; Juan 14:1-3; 1 Corintios 3:10-15; 1 Corintios 4:5; 2 Corintios 5:9-10; Colosenses 4:2-6; 1 Tesalonicenses 4:13-18; Hebreos 10:23-25; 2 Pedro 3:8-14.

RECOMENDACIONES DE LECTURA

Oraciones Poderosas de Guerra Espiritual — Roger D. Muñoz.
Lectura complementaria para fortalecer la oración y la dependencia de Jesucristo.

Cómo vencer los contraataques del enemigo — Roger D. Muñoz. Para continuar estudiando la firmeza y la perseverancia frente a la oposición espiritual.

Conectados, pero separados: La cultura de la mesa — Roger D. Muñoz. Para cultivar relaciones reales, escucha y compañerismo en la familia y la comunidad.

Estas lecturas deben acompañarse del estudio de la Biblia, la oración y la participación en una comunidad cristiana.

CONTINÚA CON LOS CUATRO LIBROS DE LA SERIE

LIBRO 1. EL REY YA VIENE

Las señales y la promesa del regreso de Jesucristo.

Estudia las señales bíblicas y el llamado a esperar al Señor con vigilancia y esperanza.

LIBRO 2. EL MUNDO QUE SE ESTÁ PREPARANDO

Tecnología, engaño, poder y el escenario profético.

Examina capacidades tecnológicas y textos proféticos, distinguiendo hechos documentados, posibilidades e interpretaciones.

LIBRO 3. EL TIEMPO SE ACABA

Despierta, arregla tu vida y prepárate para encontrarte con Cristo.

Desarrolla la preparación personal mediante arrepentimiento, obediencia, cuidado de las responsabilidades y perseverancia.

LIBRO 4. CUANDO VENGA EL REY

El encuentro con Cristo, las recompensas, el Reino y la eternidad.

Profundiza en la esperanza del encuentro con Jesucristo y el destino eterno de los redimidos.

Continúa la serie con la Biblia abierta y una disposición a obedecer. Que la esperanza del regreso de Cristo fortalezca tu vida y tu servicio al Reino de Dios.



CRISTO LIBERA GLOBAL THEOLOGICAL INSTITUTE

(Instituto Teológico Global Cristo Libera)

*Formación teológica oficial para la edificación, el orden
y el fortalecimiento de la Iglesia en todas las naciones.*



Seattle, Washington

United States of America



Este libro forma parte del programa académico oficial del
Cristo Libera Global Theological Institute (CLGTI)

- ✓ Material de capacitación oficial y autores reconocidos
- ✓ Programa estructurado de formación doctrinal y ministerial
- ✓ Contenido teológico, práctico y de guerra espiritual
- ✓ Certificación académica formal con validez internacional

Sede internacional en **Seattle, Washington, Estados Unidos.**

DECLARACIÓN FUNDACIONAL DEL INSTITUTO



El Cristo Libera Global Theological Institute (CLGTI), bajo la cobertura del Ministerio Cristo Libera Internacional, con sede en **Seattle, Washington, United States of America**, nace como respuesta a una necesidad urgente en la **Iglesia de Jesucristo**: formación doctrinal sólida, preparación ministerial estructurada y estándares claros para el servicio en los tiempos que vivimos.

Desde el año 2011, Cristo Libera Internacional ha desarrollado una trayectoria comprobada en enseñanza bíblica, restauración espiritual, formación de ministros y expansión del Reino en distintas naciones. A través de materiales editoriales, procesos formativos y entrenamiento ministerial, miles de personas han sido edificadas, equipadas y afirmadas en Cristo.

Sin embargo, una realidad ha sido evidente a nivel global: muchos siervos fieles han recibido llamado, experiencia y formación práctica, pero sin una certificación formal que respalde académicamente su preparación. El CLGTI surge para cerrar esa brecha, estableciendo un modelo de capacitación que combina fundamento bíblico, orden institucional y reconocimiento formativo, con enfoque internacional.

PROPÓSITO Y MODELO DE FORMACIÓN DEL CLGTI



El CLGTI no es solo una plataforma de enseñanza: es una arquitectura académica y espiritual diseñada para equipar al creyente con claridad doctrinal, discernimiento espiritual, carácter ministerial y madurez para el servicio, conforme a la Palabra de Dios.

La formación se desarrolla mediante:

- Clases estructuradas y contenidos pregrabados (no en vivo), diseñados para ser accesibles a múltiples naciones e idiomas.
- Materiales editoriales multilingües (libros, manuales y recursos de estudio).
- Programas académicos progresivos, con evaluaciones y cumplimiento de requisitos formativos.
- Certificación oficial, emitida desde Estados Unidos y respaldada por la estructura institucional del Ministerio Cristo Libera Internacional.

Nuestro objetivo es claro: establecer una red internacional de iglesias, pastores y líderes capacitados que puedan implementar esta formación dentro de sus congregaciones, levantando ministros preparados para enfrentar los desafíos espirituales de nuestra generación con orden, cobertura y autoridad bíblica.

Desde Seattle, Washington, Estados Unidos, para las naciones.



Contacto:

www.cristolibera.org

www.cristoliberainstitute.org

BIOGRAFÍA INSTITUCIONAL DEL FUNDADOR



Roger D. Muñoz es fundador del Cristo Libera Global Theological Institute (CLGTI) y del Ministerio Cristo Libera Internacional, con sede en Seattle, Washington, Estados Unidos.

Su labor ministerial está enfocada en la formación doctrinal sólida, la capacitación en liderazgo espiritual y el establecimiento de ministros con fundamento bíblico firme y estructura ministerial clara.

Bajo su dirección, el ministerio ha desarrollado una estructura internacional activa en más de **30 naciones**, con programas de formación presencial y una **Escuela de Guerra Espiritual** online de alcance global. Mensualmente, miles de estudiantes reciben capacitación bíblica estructurada a través de sus plataformas educativas.

El CLGTI nace como una respuesta estratégica a la necesidad de formación teológica formal con estándares académicos definidos, **integrando enseñanza doctrinal**, evaluación estructurada y certificación oficial emitida desde Estados Unidos.

Su enfoque no es producir información, sino formar líderes preparados para servir con autoridad bíblica, madurez espiritual y responsabilidad ministerial en el contexto contemporáneo.

Desde Seattle, Washington, hacia las naciones.

Comparte este libro

Un recurso gratuito para leer, estudiar y compartir.

Puedes enviar este PDF completo a tus familiares, amistades, contactos y congregación. Conserva la autoría y los créditos de la obra al compartirlo.

Este material puede utilizarse como apoyo para el estudio personal y en grupos. Lee los pasajes bíblicos en su contexto y examina las fuentes de consulta incluidas en el libro.

La biblioteca gratuita ofrece recursos de apoyo del Ministerio Cristo Libera. Las clases, las escuelas y los diplomados continúan su labor formativa.

Libros y recursos:

www.cristolibera.org/libros

Campus Virtual:

cursos.cristoliberainstitute.org

Roger D. Muñoz

Director Fundador

Editorial Cristo Libera